

Airun Garly

Estrella

Eterna: Sophia

SOPHIA

De la saga Estrella Eterna

Airun Garly

Título Original: *Estrella Eterna: Sophia*.

©2014, Airun Garky

Todos los derechos reservados.

Facebook: Airun Garky

<http://www.airungarky.com>

Diseño de cubierta: Airun Garky

Revisión del texto: Cristina Guerrero

Primera edición: Abril de 2014

ISBN-13: 978-1497487024

ISBN-10: 1497487021

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal)

PRÓLOGO

Antiguamente, decían que el vampirismo era una enfermedad; también un signo de locura. Vampiro, palabra que tiene traducción idéntica en multitud de países: *vampyr* en Serbia, *pamgri* en Hungría, *danay* en Filipinas, *kosac* en Croacia, *vpir* en Rusia, etcétera.

En el antiguo Egipto había deidades vampíricas como Srun, el cual estaba caracterizado por su aspecto de lobo con largos colmillos y se alimentaba de víctimas humanas, de su cuerpo.

En la antigua Grecia existe la leyenda de Lemia, hija del rey oriental Belus, cuyos hijos fueron asesinados por la diosa Hera cuando se supo que la propia Lemia había tenido un romance con Zeus. Como venganza, Lemia comenzó a seguir a todos los niños que se encontraba, les extraía la sangre y se alimentaba con ella. Dicha leyenda terminó considerándose una superstición. Aun así, este caso es uno de lo más parecidos al del concepto moderno de vampiro.

Todavía en la mitología griega encontramos el caso de Empusa, hija de la diosa Hécate. Un ser monstruoso con pies de bronce que podía transformarse en una bellísima mujer y que conquistaba a los hombres con su hermosura para saciar su sed.

En la Roma clásica, tenían las apariciones de los lémures, que adoptaban aspectos diferentes para asesinar niños y alimentarse así de su sangre. También, la aparición de Strix, un

vampiro volador que sembraba el terror entre los campesinos.

En la antigua China, tenían a Kiang, o al diablo Giang Shi.

En Rumanía, temían a la presencia del Strigoi, un repugnante ser con patas de caballo o cabra.

Podría seguir, ¿verdad? Podría contaros múltiples leyendas, supersticiones e historias de terror que los padres cuentan a sus hijos. Pero, ¿sabéis que según el Antiguo Testamento, el primer vampiro de la historia fue Caín? Bien, su historia, como tantas, comenzó después de asesinar a su hermano Abel a base de golpes con una quijada de asno en la cabeza. Caín renegó de Dios y fue condenado a vagar el resto de sus días, oculto en las tinieblas, lejos de la luz del día, alimentándose de “cenizas y de sangre”.

Esperad, se me olvidó añadir que esta terrorífica historia tiene como protagonista al primer hijo de Adán y Eva, siendo Abel su hermano menor. Entonces, Caín no renegó de Dios tan fácilmente: éste le preguntó por el paradero de su hermano y Caín respondió “¿Acaso soy yo el custodio de mi hermano?” Pero, Yahveh (Jehovah) sabía lo sucedido y por ello por lo cual fue enviado a la tierra de Nod, esas tinieblas ya mencionadas.

Qué irónico. Caín tiene juegos de rol, como *Vampiro: La Mascarada*. También videojuegos, como *Legacy of Kain* o *Drakengard*. Cómo no, al igual que cualquier villano también aparece en cómics, como en *Spawn*, o *The Sandman*.

Ahora bien, empiezo hablando de leyendas y acabo diciendo que hasta a los vampiros se les ha llegado a caracterizar en videojuegos, como algo irreal, de ciencia ficción, producto de

pesadillas de niños y de anhelos de paranoicos y asesinos. No hablo ya ni de las novelas, esas maravillosas novelas que tan bien describen la naturaleza vampírica, cada una con una variación, una forma diferente de verlos y una manera de representarlos, ya sean malvados como Lestat el Vampiro, o encantadores, como Edward Cullen.

Todo esto es muy bonito pero en ello hay algo de verdad y algo de mentira. No todos los vampiros son asesinos. Tampoco son héroes. No todos viven escondidos en cuevas y duermen en ataúdes ni tampoco viven como cualquier humano. Los vampiros tienen su propio mundo, uno que intentan conservar, cuidar, y evitan que se mezcle con el vuestro. Evitan que los humanos creen en esas leyendas. Os dejan soñar con su existencia, nada más. La razón es que si los humanos supiesen que existen, querrían ser como ellos, querrían huir, asesinarlos y acabar con todos o ser sus amigos y vivir en paz. Sería el caos, y ellos solamente quieren vivir su eternidad sin ningún misterio.

Aunque, ya lo he dicho, no son todos iguales. A la vez que algunos pasan desapercibidos, otros quieren ser conocidos.

Y hay un último grupo, uno que no vive entre humanos, salvo los hechiceros y magos, pero que sí camina con ellos y comparte restaurantes, supermercados y aviones. Su propósito es salvar a los humanos, animales y todo ser vivo de los vampiros malvados que quieren destruir la paz, hacerse con el control del mundo y dominar a los humanos.

Este grupo lucha porque una línea invisible no sea cruzada

por ninguna de las dos partes, que los vampiros sigan ocultos pero visibles y que los humanos sigan con los ojos bien abiertos pero totalmente ciegos a lo que les rodea.

Eso no quiere decir que todas las leyendas sean reales.

No nos convertimos en cenizas cuando nos da la luz del sol. Al contrario, disfrutamos de su calor y nos ponemos morenos con gran gusto. No tenemos que comer solamente sangre para alimentarnos, sino que un simple plato de verdura a la plancha nos sirve más que bien para nutrirnos. No somos estériles, podemos tener hijos. Aunque estos nacen humanos, tienen un cuerpo más desarrollado. No nos convertimos con un simple mordisco... Oh sí, eso sigue siendo fiel a las leyendas, excepto que cuando mordemos podemos controlar si expulsamos ponzoña o si solamente absorbemos sangre y vida. No morimos porque nos claven una estaca en el pecho, eso simplemente hace que nuestro corazón deje de latir porque...

No estamos muertos; simplemente, enfermos y nuestra enfermedad, el vampirismo, no es ninguna leyenda: Nuestro organismo cambia y nuestro corazón late más lento. Se podría decir que estamos tan bien entrenados que no necesita dar ni diez pulsaciones por minuto. Es, por tanto, cierto que tenemos más fuerza, más velocidad y los sentidos más agudizados. Pero no estamos muertos.

Lo que sí es un misterio es la procedencia de nuestros dones, de nuestros poderes. Hay vampiros que leen los pensamientos o que incluso pueden llegar hasta el fondo de tu

mente y descubrir algo que ni siquiera tú sabes. También pueden volar, controlar tus sentimientos, ver el futuro...

Os voy a contar un secreto. Un ataque de ansiedad podría acabar con nosotros pero no mil balas en el pecho, ni mil dagas en el cráneo. Porque al ser solamente un cambio en el organismo sí que tenemos alma, eso que tanto anhelan en las novelas. Sentimos el amor, el odio, la venganza, la envidia...

Todo eso, y más.

Me llamo Kael Fire, nací el 22 de Diciembre del año 1934, en Londres.

Tengo y siempre tendré diecinueve años humanos, puesto que a esa edad terminé de ser transformado. Digo terminé porque sospecho que mi padre no era un simple campesino...

Pero esta no es mi historia, es la vuestra.

-1-

¿Sueños o realidad?

Corro a través de los árboles, corro sin mirar atrás. No necesito hacerlo para saber que alguien o algo me persigue. Hay otra persona corriendo a mi lado... Un joven...

¿Qué había hecho yo para merecer morir así? Apenas... ¡apenas he llegado a la mayoría de edad! No he disfrutado de mi vida... ¿Y ya tengo que morir?

Bah... no...No...¡No!

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

Mis piernas han dejado de sentir el dolor lacerante de las ramas golpeando sobre ellas y de esas heridas que las cubren (¿cómo me las había hecho?, ¿sólo corriendo?) y siguen avanzando, aceleran la carrera.

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

Sus pasos... No es un humano, ¡no puede serlo! Pero entonces..., ¿qué es? Muchas preguntas que nunca podré responder, porque voy a morir... aquí y ahora...

No...No...¡No!

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

No voy a morir, no sin luchar, no sin demostrarle a mi depredador quién soy. Vale, quizá una simple humana que vive en un mundo atestado de humanos, una estudiante más, una hija rebelde más, una... solitaria más..., no... No...¡No!

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

¡NO!

Abro los ojos una mañana más y vuelvo a observar la claridad de la ciudad entrar escasamente por mi ventana, a través de la persiana bajada.

No, son únicamente sueños. Es cierto que los tengo cada noche desde hace varias semanas, pero no son nada más. No tengo por qué levantarme con esta sensación de angustia. ¡Como si se fuese a acabar el mundo!

Doy un salto en la cama y me pongo las zapatillas. Otro miércoles más del mes de marzo... Queda demasiado hasta final de curso. Salgo del cuarto con mi típica cara de muerta, como dice mi padre, y entro al baño para lavármela. Me miro al espejo, como cada mañana, y lo que veo me asusta. No sé qué será de mí de aquí a unos meses, dónde estaré o qué haré. Eso de depender de tus padres hasta la mayoría de edad... Me trae loca que elijan ellos por mí.

Está claro que tiene que pasar un milagro, mejor dicho una desgracia, para que quiera quedarme en la ciudad y no volver a mi casita de campo. Pero bueno, si mis padres decidiesen quedarse, cosa que dudo, tendría que aguantarme.

Salgo del aseo y no puedo evitar mirar a mi derecha, a la vez que veo de reojo a mi madre saliendo de su habitación, delante de mí. Retiro mi mirada y mis pensamientos volviendo a entrar en mi cuarto, a mi izquierda.

Para una persona que creía que me entendía... Bien, mi abuela tendía a contarme historias raras que decía que eran verdad y aunque yo ponía cara de ignorancia, los ojos en blanco y literalmente pasaba de ella, mi abuela siempre me seguía queriendo igual. Decía que soy especial, su única nieta. Por eso me quiere tanto... En fin, la tripa ya comienza a rugirme del hambre, ¡será mejor que vaya a desayunar!

– ¡Boy! ¿Y mi chucho bonito?

Escucho cómo sus uñas chocan contra el suelo y en dos segundos aparece por mi puerta meneando el rabo con un énfasis

renovado, como cada mañana.

–Vaya, vaya... Menos mal que alguien se levanta contento, ven aquí...

Sube encima de mí, a mis rodillas. Yo estoy sentada en la cama y comienzo a acariciarle. Me mira y me lanza un lengüetazo a la nariz. No puedo evitar sonreír.

–Venga, vamos, que al final me explotará la tripa, enano.

– ¿Me dices algo cariño?

–No, mami, hablo con el dios de la casa.

–Si ya te digo yo que Boy terminará aprendiendo a hablar... –entro en la cocina y veo a mi madre cómo mete la taza con la leche en el microondas.

–Mamá, a hablar no, pero sería un psicólogo excelente...

–Ya estás con las paranoias.

–Reales mami, todo es real.

–Claro, por eso esta tarde vamos a ir a ver al psiquiatra, a ver si te encuentra una cura.

–Y de paso, ¿por qué no vamos al hospital a hacernos una prueba de paternidad?

–Ya estamos, no son ni las siete de la mañana y ya estáis hablando de mí.

Mi padre aparece en la cocina con la bata puesta, le da un beso a mi madre y abre la nevera dispuesto a coger la leche, pero justo entonces el microondas suena y mi padre pone cara de escéptico al ver el tetra brick fuera.

Nos reímos los tres mientras desayunamos de pie, de

cualquier manera, deprisa y corriendo en medio de la cocina.

Cuando vuelvo a mi habitación y abro el armario, se me viene a la mente la peor pesadilla de todas: el instituto. Un reto diario que llevo soportando varios meses.

No, no me siento bien en un instituto privado. Me gustaba más mi colegio rural de toda la vida. Vale que allí tampoco tuviera muchos amigos porque soy más bien reservada pero contaban conmigo y nos reíamos juntos. Había buen rollo. Aquí, en cambio, hay un rollo aburrido. Aburridísimo...

Termino de vestirme con mi típica ropa de colores oscuros, lo que determina en parte mi forma de ser, distante, solitaria. Vamos, que me da igual todo.

Boy sigue rondando a mis pies, esta vez algo triste porque sabe que le esperan varias horas de soledad, por lo que antes de salir le cojo y le dedico unos mimos más largos y efusivos para que se alegre un poco.

Cierro la puerta de casa detrás de mí y suspiro.

–Bien, Sophia, un nuevo día...

¿Por qué tengo que estudiar historia? Si al final solo me servirá para...oh, vamos, ni para cotillear. Pero aquí tengo que estar, soportando día tras día a la vieja profesora que parece que no ha querido nunca a nadie, con esa mirada feroz y voraz, parece un monstruo come niños en vez de una profesora....

Monstruo... Corría a través de los árboles... ¡Deja ya el maldito sueño de lado!

Solo es un sueño, una maldita pesadilla que quiere fastidiarme el día, ya está. No es el primer sueño que tengo de este tipo, y sigo viva, ¿no? Pues entonces...

–Sophia, ¿me oyes? –salir así de un estado ensimismado, con una profesora como la señora Loli mirándote fijamente...

–Ehm... Sí, perdone, que... ¿qué me ha preguntado? – ¿y cómo voy a aprobar si encima me quedo medio frita en clase?

–Bien... que sepa que aunque responda correctamente a la pregunta, Sophia, voy a ponerla otro negativo... –estupendo, con este ya van cuatro, otro más y amonestación...– ¿Cuáles fueron las principales causas de la Segunda Guerra Mundial?

¿La Segunda? Pero... ¿ya hemos terminado con la Primera? Ay...

–Pues... lo mismo que la Primera, ansias de poder, unos déspotas por ahí y unos esclavos por aquí..., algún golpe de Estado..., y... ¡Tachán! Se hizo la guerra –sonreí con todas mis fuerzas, intentando suavizar la situación...

Se hizo el silencio en la clase, yo seguía sonriendo, pero ver a tus compañeros (si es que siquiera se les puede llamar así) mirándote con unas ganas de empezar a reírse de ti, de restregarte por la cara ser una tonta, una inculta, una... ¡Basta ya! Bastante tengo con que me lo recuerden ellos...

–Creo que ni siquiera estudió la 1ª Guerra Mundial, Sophia, no sé qué hará en el examen de la semana que viene –ni le importa, vamos, dígallo, se ve en su mirada feroz y voraz... Uff–, pero lo que sí sé es que más le vale estudiar, señorita, porque no le haría

mucha gracia a sus padres que suspendiese también mi asignatura –encima sonrío, mostrando sus dientes blancos y brillantes, regocijándose en mi dolor...—. En fin, Paul, ¿sería tan amable de responder a mi pregunta?

Decidí aislarme en mí misma. No escuchar sus risas. No saber que me miraban. Bastante tenía con mis propios pensamientos.

También dice Loli... ¡Es que Filosofía tampoco me va a servir de mucho en el futuro! Sé que no voy a ser una psicópata asesina, tengo muy claro que nunca haré una circuncisión, me da igual quién deba abortar y quién no, no me interesa lo que diga el tal Kant... Chorradas, solo eso.

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

Sueños, ¡solo eso!

Suena el timbre, por fin libre. Ya es hora de volver a casa.

A la salida, me encuentro con el profesor de Filosofía, Roberto Fernández, que quiere darme una pequeña charla sobre mi comportamiento hacia los estudios y sobre mi opinión acerca de que para qué estudiar algo que en un futuro es muy poco probable que me sirva. Escucho atentamente sus palabras: *“Nunca sabes que te puede pasar, a dónde puedes llegar, quién podrás ser. No sabes lo que te depara el destino, Sophia. Por lo que unos años de estudios de asignaturas que crees que no sirven...”* Resulta aburrido. Sé que no seré alguien importante, que no llegaré muy lejos gracias a mí misma, me da igual a donde vaya y lo que me pase... mientras no duela. Pero él continúa:

– Ten en cuenta tus sueños, querrás que se hagan realidad, querrás cumplirlos, querrás sentir que puedes hacerlo todo. Los sueños son importantes porque a veces no se quedan en tu cabeza, en tu mente, a veces van más allá y pueden cumplirse y tú eres su dueña y eres quién decide si quieres que se hagan realidad...

¿Pero este tío de qué va? Encima me habla de sueños, con los que tengo ya cada noche como para encima ponerme a pensar en querer ser actriz, cantante o alguna de esas tonterías de los demás adolescentes... Bah, no creo que los sueños se hagan realidad, eso espero al menos, no los que yo tengo, porque... No... Tonterías. Son solo sueños...

Después de escuchar a Roberto y de prometerle y jurarle que pensaré en lo que me ha dicho, decido ir a casa, ya, por fin, después de un día agotador. Primero el sueñecito, el no poder dormir el resto de la noche, desayuno deprisa porque llego tarde al instituto, después un examen de Castellano que me ha salido regular, la Loli echándome en cara lo poco que valgo y para terminar Roberto con su gran sabiduría... ¡Y ahora llego tarde para comer! Ya verás el cabreo de mi padre... Será mejor atajar.

Decido pasar por un callejón algo largo y oscuro, en el que las pocas veces que he entrado no ha resultado tan aterrador como afirman, tal vez algún vagabundo y muchos bichos, oh, muchísimos, pero ningún asesino ni nada por el estilo. Cómo les gusta a los ancianos contar batallitas imaginarias...

Y pensar que los adolescentes de mi edad se asustan solamente con escucharles decir que aquí desapareció una

muchacha de mi edad más o menos hace cincuenta años. Pero claro, hace cincuenta años era otra época, y estaban todos muy locos con eso de las guerras y tal... Si supiesen mis sueños, se cagarían vivos, vamos si lo harían. Serán muy pijos, muy “o sea” y muy ricos, pero no saben nada de nada, por eso un simple ¡buu!, les asustaría.

No son como yo, lo supe nada más llegar. Con lo bien que se vivía en la casita del campo, aislada de todo el mundo, solamente con la compañía de mis padres y mi perro. Vale, ellos siguen aquí, pero no mi abuela, la razón por la que vinimos hace seis meses a vivir a la gran ciudad.

Exactamente el motivo fue que enfermó y tuvimos que venir para cuidarla. Cuando murió, hace un mes y medio, mis padres decidieron que no nos iríamos ahora, que quedaban un par de meses para finalizar el curso y ellos tenían trabajo fijo. Bah, chorradas de adultos.

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

Ni de coña.

Ya tengo alucinaciones.

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

Vale, solo tengo que girarme y comprobar que.... ¡Un tío envuelto en una capa gris oscura está detrás de mí!

Mis piernas instintivamente empiezan a correr en dirección al final del callejón pero, ¿he mencionado que es un callejón algo largo?

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

“Los sueños son importantes porque a veces no se quedan en tu cabeza, en tu mente, a veces van más allá.....” Y yo soy su dueña, eso dijo, ¿no? Entonces... si creo que solo es un sueño, que son alucinaciones, paranoias, ¡lo que sea!, desaparecerá.

Veo un charco producido por una máquina de aire acondicionado demasiado tarde, intento esquivarlo, pero resbalo y caigo. Es el fin, voy a morir y de qué manera, tirada en el suelo, despatarrada, sin nada con lo que defenderme...

– ¡Alto!

¡¿Qué?!

–Muestra tu rostro, humano– pero lo que me sigue no es humano, ¡no puede serlo!

Esa voz... La he escuchado en mis sueños. Es la del joven que huye a mi lado, al que también matan... Pero no puede ser, ¡todo esto no puede ser real! ¿Qué hace aquí? ¿Significa que es verdad? Me estoy volviendo loca...

El hombre de la capa se gira lentamente hacia el joven, su capucha ondula y casi resbala pero no lo hace, se mantiene sobre su cabeza como si un imán tirase de ella.

El joven, un muchacho alto y delgado pero fuerte, su pelo negro y sus ojos azules...

Loca. Definitivamente. ¡Pero si es el chico de mis sueños!
Bah, locuras.

De pronto, el hombre de la capa saca algo... ¡una espada!, de debajo de la túnica y se lanza a por el joven, que con un simple movimiento hacia la derecha consigue evitar que la espada le roce

siquiera. Entonces, de su manga saca una daga, que en el mismo instante en el que el hombre se gira para embestirle de nuevo, él, en un rápido movimiento alza y clava en su cuello.

El hombre se queda quieto. Pero el joven no.

Con un simple movimiento le quita la espada, la arroja lejos de ellos (pero cerca de mí) y le rodea con su cuerpo atándole los brazos. Acto seguido de un empujón le arroja al suelo y le ata los pies. Por último, saca su daga de su cuello, lo limpia con la capa gris del... ¿muerto?

Mi reacción no podría ser otra, ¡acaba de matar a ese tío! El cual me seguía pero... qué movimientos más rápidos...no como los míos.

Antes de levantarme y echar a correr el joven aparece delante de mí y me tiende una mano. Enseguida tropiezo y caigo de culo.

–Veo que has salido a tu abuela– esboza una sonrisa.

– ¿Mi abuela? Pero... ¡no conoces a mi abuela! Nunca... nunca se ha caído... ni... – ¿estará intentando engañarme para ser su próxima presa?– ¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Por qué le has matado? ¿Me vas a matar? –dicho esto me levanto de un salto y me pongo en una posición a la defensiva, con los brazos por delante, estilo boxeo.

El joven amplía su sonrisa y empieza a reírse a carcajadas. Mi incertidumbre crece por momentos. A mí no me puede matar, al menos se ríe de mí... Como los demás.... Y del tío este no se ha reído antes de...hum... bueno, matarlo.

–Muchas preguntas. Lo siento, he sido maleducado...

–Si al decir maleducado te refieres a matar a un hombre sin mediar palabra, ¡pues sí! –como siga así voy a explotar de rabia, y encima se sigue riendo...

El joven aprieta sus labios hasta que se quedan en una sola línea fina. Acto seguido, sonrío.

–Me llamo Kael, Kael Fire – ¿fuego? Ya decía yo, ni español y raro...–. Quiero terminar con monstruos como el que te iba a atacar, por eso le he matado, era o tú o el monstruo, no te voy a matar y... sí, le he dicho algo.

Otra vez esa sonrisa, esta vez de placer al saber que me ha dejado como una imbécil. Es verdad, “*muestra tu rostro, humano*”. Pero no era humano... Y si Roberto tenía razón, y si... ¿los sueños se cumplen? Entonces, ya puedo prepararme...

–Y bien, tú eres...

–Ehm, perdona. Aún sigo en shock –intento esbozar una sonrisa convincente pero se queda en algo así como: no me fío de ti chaval, a la mínima me piro...–. Me llamo Sophia, ehm, Sophia López. Me debes alguna explicación para esto, ¿sabes?

Como si nos conociésemos de toda la vida. Pero es que el chaval, perdón, Kael (ahora ya tiene nombre) irradia una tranquilidad... ¡Recuerda! Es capaz de matar con una daga... Doy un paso hacia atrás, dispuesta a salir corriendo...

–No deberías huir de mí, ni de tus sueños. Deberías aceptar la realidad, y para hacer eso, te debo contar mi explicación, porque no sería bueno que ignorases tu futuro – ¿perdona?–. Sé que suena

Eterna: Sophia

todo muy raro y más raro que te va a sonar, pero deja que te acompañe a casa... Estás empapada y más te vale que tus padres sepan que estás bien, porque lo estás; de mí no debes asustarte. Confía en mí.

Con el pie derecho le da una patada a la espada tendida en el suelo y la aleja tanto que pienso que este tío no es normal...Me tiende de nuevo su mano.

No he confiado nunca en nadie, ni en mis padres. Son extraños para mí. Como si no fuesen ellos los que me dieron la vida, por tanto, ¿por qué confiar en un extraño...? Porque ha matado a mi sueño... A ese monstruo de mis pesadillas. Porque dice que tiene una explicación. Porque... ¿ha dicho que no debería huir de mis sueños? Lo sabe... sabe muchas cosas... seguro que... no... No... ¿Sí?

¿Qué más me puede pasar?, ¿morir acaso? He estado a punto de hacerlo, y él ha sido quien me ha ayudado.

Mi futuro... Oh. Ha dicho tantas cosas en tan pocas palabras.

Kael. Kael Fire.

Alzo mi mano y la junto a la suya. Sonríe.

–Bien Sophia, te acompañaré a casa.

Voy a tener que prestar más atención en Filosofía.

Y sonrío.

-2-

Cuentos.

El joven sonriente que me tendió su mano, se volvió hosco y antipático en cuanto salimos a la calle principal, en cuanto dejamos el callejón (y el muerto) detrás.

¿Por qué ese cambio tan radical de actitud?

Desearía darme la vuelta y salir corriendo, pero su mano firme aferraba la mía como si soltarme le matase. Entonces...

No entiendo su comportamiento. Le miro fijamente pero Kael ni se inmuta. Sigue mirando al frente, concentrado en la carretera. En su cintura, escondida tras el abrigo negro, lleva colgando la espada. Con su mano derecha aferra la mía, y con la izquierda sujeta mi mochila. La daga está guardada bajo su manga del abrigo.

Su mirada... Ahora parece tener miedo. Temer algo, un mal invisible, porque no veo a ningún tipo más con capas grises y capuchas que no dejen ver su rostro. En cambio, Kael muestra su rostro perfecto. De mi gusto, diría. Cara afilada pero redondeada, lo que le hace parecer inocente, un muchacho más. Pero yo sé que no es uno más. Y en cuanto llegue a casa, le diré que espere a que suba y les diga a mis padres que estoy bien, y después bajaré y le obligaré a contarme la explicación que me ha prometido.

Debe contármelo. ¿No pensará dejarme con la incertidumbre? ¿Con esta ignorancia? No, ni de coña chaval.

Entramos en la calle de mi casa, atestada de gente como

siempre, debido a que hay un supermercado justo en el centro. Siempre gente. Siempre ruido. No le he dicho dónde vivo... ¿Me habrá estado espiando? Lo sabe... Sabe lo de mis sueños. ¿Cómo es posible? Bueno, puedo esperar unos minutos más.

Llegamos al portal, una puerta de cristal con unas rejas blancas ennegrecidas por el paso del tiempo, el edificio es algo antiguo.

Me suelta la mano y, de pronto, siento un gran vacío en mí.

–Bueno, Sophia –esboza media sonrisa, media...–, sube y dile a tus padres que estás bien, y que has llegado tarde por el motivo que les quieras contar...

– ¿Esperarás? – ¿es esperanza lo que siento?

–Ehm... Sí – miente–, esperaré a que subas y les cuentes algo, pero no les digas la verdad, no hay que hacer un drama de algo de tan poca importancia.... –no le dejo terminar.

– ¿Llamas algo de poca importancia a que casi me muero? –bienvenida, señora rabia.

–Pero no estás muerta. Por eso es algo de poca importancia. Vamos, sube, te espero.

Mentiroso. En cuanto cruce esa puerta sé que desaparecerá entre el gentío. ¿Pero quién soy yo para obligarlo a quedarse? Él ya ha hecho suficiente, me ha salvado de... lo que fuera, me ha llevado sana y salva hasta casa dejándome a buen recaudo con mis padres controlándome, una vez más. Y qué esperar de él... No puedo esperar más. ¿O sí?

–Ehm... Kael, me acompañas hasta la puerta de mi casa, es

que tengo miedo... – ¿le convenceré? O como siempre, ¿se notan mis intenciones en mi cara...? Seguro que sabe que lo que quiero es obligarlo a quedarse.

–Claro –dice con un asentimiento de cabeza, con una convicción inesperada.

¿Perdona? En fin, conseguido. Ahora sí que no puedo esperar más. Jajaja, me sorprende a mí misma. Y sonrío. Me mira curioso...

– ¿Por qué sonrías? –su cara denota curiosidad, como si no sonriese nunca, espera, la verdad es que sonrío más bien poco, jope...

–Porque... –a ver que me invento... piensa, piensa– Pensé que dirías que no y que en cuanto cruzase la puerta del portal y ésta se cerrase tras de mí, tu desaparecerías entre toda esa gente... – esa maldita sinceridad que me carcome por dentro... Pero a veces funciona. Acerté de pleno, ¡qué cara la suya...! Se ha quedado de piedra.

No por mucho rato. Me abre la puerta del portal (¿estaba abierta?), y me indica con la mano que pase. Su rostro vuelve a mostrar esa tranquilidad que tanto he anhelado en los minutos que anduvimos por las calles de la ciudad. ¿Cómo puedo echar de menos algo que solo he visto unos instantes? Este chaval tiene algo raro, ya sé que no es normal ni nada pero... Yo necesito una explicación.

Entramos en el ascensor en silencio y aprieta el botón cuarto, directos a mi casa. Tal vez sea mi última oportunidad de

retenerlo...

¡Bluum!

El ascensor se queda parado tras un sonoro sonido como si se acabase de estrellar contra algo y no por haber apretado el botón de emergencia... Sin querer, claro.

– ¿Qué haces? –me olvidé de disimular... Me cachis...

–Pues usar mi poca inteligencia. Sé que no me contarás nada y que me quedaré sin tu explicación si no te obligo a contármela –me cruzo de brazos, apoyo mi espalda a la pared del ascensor y pongo una expresión dura, como la de mi padre cuando se enfada...

Frunce los labios. Esa línea fina tan seductora. Qué chaval. Hasta enfadado está bueno, ¡ja! Vuelve la cabeza a un lado; su mirada, perdida. No se lo esperaba. Pensaría que sería una niña buena, y que no haría nada, pero yo tampoco soy como las demás, tampoco soy tan normal...

– ¿Y bien? –insisto.

Pero él sigue con la mirada perdida. Está clarísimo que no quiere contarme la verdad. O que no puede. En esos ojos azules veo ansiedad, una ansiedad que no había visto nunca antes, solo en las pelis. Pero esto es la realidad.

Suspira. Me mira. Sus ojos azules se clavan en mis ojos marrones.

–Vuelve a apretar el botón, Sophia. Entra en casa, cuéntales a tus padres una mentira y nunca le digas a nadie lo que ha sucedido esta tarde. Nunca digas que existo. Haz como si nunca

nos hubiésemos visto. Porque nunca nos volveremos a ver. Esa es mi explicación. Estás viva, de nada.

Absorta. Flipando. De piedra. Alucinando. Obcecada.
Ensimismada. Ofuscada...

Triste. Retiro la mirada. Mi expresión dura desaparece bajo la infalible fuerza de la pena y de la desesperación. Bajo la cabeza y me quedo mirando el arañazo de mi perro, el que hizo al entrar por primera vez en su vida en un ascensor. Las cosas nuevas a veces hacen daño, unas veces es mejor olvidarlas y otras, enfrentarte a ellas.

Pero yo no soy un perro. Y no hay nadie que tire de mi correa para decir qué es lo que tengo que hacer. Y tal vez por eso sea tan cobarde. Vuelvo a apretar el botón de emergencia.

¡Bluum! El ascensor se pone en marcha de nuevo.

Es mejor olvidarle. Un chaval que te salva, te trata como si fueses “*alguien*” y después te dice que hagas como si nada haya pasado, como si estuviese loca, no se merece más. Lo sabe... Sabe lo de mis sueños. Dijo algo de mi futuro... No ignorarlo...

¡Bluum! Le miro fijamente a los ojos.

–Mira, chaval. Antes de que digas nada, me da igual qué pase después de salir del ascensor, que no te vuelva a ver y que deba fingir no haberte visto nunca, así que dime cuál es mi futuro, dime por qué no debo ignorarlo, cuéntamelo todo, o no saldremos de aquí por las buenas.

¿Yo? ¿Enfrentándome a Kael? Me olvidé de que es capaz de matar en un segundo a un... lo que sea... con una simple daga.

Trago saliva. Se escuchó demasiado, tengo un nudo gigante en mi garganta. La he fastidiado. Saldré de aquí, oh, claro, pero por las malas... Vuelvo a fijar mi mirada en el araño de mi perro. Esperando...

—Tú ganas. Pero no aquí. Mañana, a las seis y media, justo antes de que salga el sol, en el puente de Toledo, donde los arcos.

Alzo la mirada. Y abro los ojos de par en par. ¡No está! ¿Cómo? Bah... locuras...

He tenido que soñar. Porque sigo viva, y pensé que iba a morir.

¡Bloom! Yo no he apretado el botón.

La puerta metálica se abre y deja al descubierto un pasillo oscuro. Enciendo la luz y veo la puerta de mi casa. En el suelo hay una alfombrilla de bienvenida, que dice: *Fuera malos espíritus*.

Mi abuela era muy supersticiosa. Siempre ha creído en las historias de los libros. En esos cuentos de niños que hablaban de monstruos. Siempre decía que no es la verdadera historia la que hay que creer, que hay otra escondida al conocimiento público. Que por eso se empezaron a escribir esas historias, para que la gente creyese en ellas. No para que las convirtiese en juegos para engañar a los niños y asegurarles que si se portaban mal los monstruos vendrían a por ellos.

¿Tan mal me he portado yo para que un monstruo haya venido a por mí? Me he quedado empanada mirando el felpudo. Oh. Ha tenido que ser un sueño.

Abro la puerta y entro en casa. El frío del aire

acondicionado me hace recordar que tengo la parte delantera de la camisa, el culo, los pies, y parte de las piernas mojadas.

– ¿Sophia? –la voz de mi madre viene de la cocina, a la derecha de la entrada, denota nerviosismo. Enfrente, el comedor y mi padre mirándome fijamente sentado en una silla al lado de la mesa... con un plato humeante en ella.

Bien, no sé qué es peor, un intento de asesinato, alucinar, o una bronca de mi padre.

No quiero dormir. No quiero descubrir que todo esto ha sido real. Que no ha sido un sueño distinto, que esta vez en mi sueño aparecían mis otros miedos.

Pero solamente hay una forma de averiguarlo. Y no puedo presentarme con uno de mis caretos de no haber dormido nada, con unas ojeras impresionantes, con el pelo aplastado de no mover la cabeza con la esperanza de dormir. Y menos ante Kael. Digo... ante la importante conversación que mantendremos. Sobre mi futuro, sobre todo lo que él sabe y yo no... O eso espero.

Dormiré pero no soñaré, no puedo, no debo, no deseo soñar. Oh no. Suficiente con vivirlo en la realidad como para que ahora tenga que seguir soñando.

Fuera malos espíritus. Eso decía mi abuela al acostarme. Venía a arroparme y mirando hacia la ventana decía aquella frase. Por muy mayor o enferma que estuviese, siempre venía. Era como si tuviese miedo de que algo malo me pasase. Aunque parezca extraño, desde que se murió, tengo las pesadillas todas las noches,

no de vez en cuando, y todo me ha ido a peor. Y han intentado matarme.

En este mismo instante, creo que mi abuela me ha servido de ayuda durante muchos años. Y si... no... Ella no podría saber lo de mis sueños, porque que yo sepa no hablo mientras duermo, mis padres lo hubieran mencionado. Pero... siempre supe que alguna vez dejaría de creer que mi abuela estaba loca, aunque solo fuese para pensar que vivió en paz con ella misma. Y ahora lo creo. Creo que no estaba loca, y que gracias a ella he vivido en paz durante más de 16 años.

Me levanto, perezosa debido a que tengo el cuerpo entumecido, casi una hora “secándome” con el aire acondicionado, sentada en el sofá mientras mi padre me echaba la charla me ha dejado exhausta.

Me acerco a la ventana. Tengo que tener fe. Fe en mi abuela. Mañana sabré si debo creerla de verdad, o si de verdad me he vuelto loca. Y no me refiero a lo que Kael me diga... Si no sueño esta noche... Diré siempre su frase.

–Fuera malos espíritus –y con la mano derecha, como hacía mi abuela, dibujo un gesto estilo “stop”, como diría yo, y con la izquierda un débil movimiento como arrastrando el aire fuera de la habitación.

Noto una pequeña sensación de calor que recorre mi cuerpo como un calambre y que termina ciñéndose en mi corazón, justo debajo de mi colgante. Qué cosa... Y ahora que “no hay” malos espíritus, más me vale dormir. ¡Ah! El despertador. Lo que me

faltaba, dejar plantado a Kael. Si es que la plantada no soy yo.

Cierro los ojos y noto como mi cuerpo se relaja. Tal vez mi abuela no se equivocase. Tal vez haya algo de real en esos cuentos. Tal vez la historia que debamos saber no sea la del mundo. Tal vez haya otros mundos en uno mismo. Tal vez existan (bostezo) otras criaturas... Tal vez existan monstruos... Tal vez... Me duermo. Pero en mi cabeza, el rostro perfecto de Kael matando al hombre de la capa tarda en desaparecer, y un pensamiento hace que me estremezca. Tal vez todo lo que creemos mentira, sea la verdad. Y caigo en un profundo sueño. Sin pesadillas...

-3-

El puente de Toledo.

¡¡Riiiiing!!

¿Ya son las cinco de la mañana? Oh, he dormido bien, sin pesadillas. Solo he visto el rostro de Kael, sus ojos azules, su sonrisa... Enarco una ceja mientras saco los pies de la sábana y, como la mañana anterior, los meto en las zapatillas, pero esta vez no tengo la misma sensación de agobio por tener que ir al instituto.

Hoy es un día distinto y parece que Boy lo nota cuando me ve salir del cuarto y entro en el aseo, despacio para no despertar también a mis padres.

Empiezo a lavarme los dientes, procurando no hacer mucho ruido. Mientras me miro al espejo, vuelvo a pensar en Kael. Tiene algo que le hace ser distinto a los demás... Nunca he visto a nadie como él. Vale, muchos tipos con el pelo negro y ojos azules, sí, pero... él tiene algo, ¡vaya con ese algo!... Tal vez sea su tez blanquecina lo que le haga diferente, es como si no hubiese tomado mucho sol. Tal vez no le guste tomarlo y prefiera estar encerrado en su casa, luchando con monstruos o vete tú a saber qué...

Pero me siento tan tranquila a su lado. Jamás me había sentido así con alguien. Seguro que es porque me salvó. Tiene que ser por eso, porque yo nunca he mirado a nadie con otros ojos que no fuesen los de desconfianza, temor, dolor, humillación... Hacía tiempo que no sonreía con sinceridad.

La última vez que recuerdo haberme sentido completamente feliz fue el día anterior a la muerte de mi abuela. Me dijo todo lo que sentía: que sabía que yo era como ella y no solamente por el parecido físico -ambas tenemos el pelo rojizo oscuro, tirando a caoba, unos ojos marrones oscuros, penetrantes y que intimidan con gran facilidad-, no. También ella fue una joven alocada, dice, como yo. Y eso me tranquiliza.

Ella siempre engañaba a la gente con su aire de despreocupación hacia todo lo que no le incumbiese, pero ella se fijaba en todo, en el más mínimo detalle, siempre alerta, siempre alocada. Jajaja, eso es lo que no me creo, ¿mi abuelita alocada? Medio me convenció diciéndome que había vivido muchas historias de joven, historias arriesgadas, dignas de época, historias que tenían que ver con los cuentos que afirmaba que eran verdaderos... Ahí es donde dejé de creerla.

Hasta ayer, por supuesto.

Salgo del aseo y me dirijo al armario. Mejor será ponerme un chándal, así si mis padres preguntan diré que he salido a correr, como he hecho otras muchas mañanas. Oh, ¿que por qué pienso ahora en todo esto? Porque lo que me pasó ayer (no paro de repetírmelo a mí misma) fue tan... irreal, tan parecido a algunos cuentos que he decidido tomarme en serio lo que me dijo mi abuela. Porque es verdad, yo también me fijo en todo lo que me rodea, aunque parezca que estoy empanada mirando a alguna mosca... Siempre me han dicho que me parezco a mi abuela. Tal vez le deba una disculpa... Sí, nunca me he portado muy bien con

ella.

En cuanto empezaba con su típica historia de: “*Niña, debes saber que en el cuento de...*” yo la miraba con una cara de asco, enfado, o desinterés que sabía que le sentaría mal y que seguramente dejaría de hablar... Funcionaba algunas veces. Oh sí, cabezota, soy tan cabezota como ella. Sí, es probable que sea más parecida a mi abuela que a mi propia madre.

Termino de atarme los cordones rosas de mis deportivas negras, un regalo de mi tía Helen por Navidades. Qué pena que no haya podido darle las gracias aún en persona, pero es lo que tiene ser rica y convivir con un marido amante de los viajes, que nunca estás en casa para que tu familia venga a visitarte, demasiado lejos como para que tu gente se permita gastarse un pastón en una llamada telefónica... Nuestra única y exclusiva comunicación es a través del correo, tanto por carta como por e-mail. Pero a mí no me sirve un e-mail para darle las gracias. No, los correos electrónicos no me parecen sinceros...

Termino de meter en la mochila de correr, una pequeña bolsa fucsia, la botella de agua y una toalla, por si las moscas, nunca se sabe si tengo que sudar, o si me caigo en una fuente, tratándose de mí... Cierro la mochila, cojo el mp4 de la mesilla, compruebo que tiene batería suficiente para una hora de puesta en marcha y por último cojo mi teléfono móvil del escritorio.

Sólo me queda dejarles a mis padres una nota diciendo que he salido a correr y que volveré con tiempo para ducharme e ir al instituto. Que no se preocupen por mí, que estaré bien...

Mi padre se levanta a las seis para a las siete estar ya en pleno ajetreo de la M30, trabaja en una nave industrial de comercial. Mi madre a las siete y media está de camino hacia la tienda en la que trabaja de dependienta en la calle Goya. Es lo que tiene una gran ciudad, es difícil encontrar un trabajo cerca de casa.

Escribo la nota y la dejo al lado del maletín de mi padre. Será el primero en levantarse, por lo que será el primero en darse cuenta de mi ausencia. Después, como suele hacer, se lo dirá a mi madre o si cuando se vaya no se ha despertado le dejará la nota encima de su uniforme de trabajo.

Mientras tanto, yo estaré teniendo la... conversación de mi vida, eso espero. Ya son casi las cinco y media, un paseíto hasta la parada de metro más cercana, abren a las seis, y después, destino el puente de Toledo.

Quito el cerrojo de la puerta, la abro con un clic de la llave al girarla y salgo al oscuro pasillo. Cierro la puerta tras de mí. Me guardo la llave en el bolsillo derecho de mi chaqueta negra del chándal. Respiro hondo y decido darme la vuelta para enfrentarme al día que acaba de empezar.

Ya no hay vuelta atrás. Ahora iré al metro, estaré treinta minutos cambiando de vagones y llegaré a la parada de la calle del General Ricardos. La más cercana al puente Toledo.

Basta ya de pensar y más actuar. Me giro y busco el interruptor con mi mano izquierda. Busco y busco... ¿tan lejos estoy?

Oigo un ruido sordo cerca mía, como si algo hubiese

chocado contra la pared.

Yo no he sido. Mi corazón empieza a desenfrenarse y encuentro el interruptor. Lo pulso. Ante mis ojos veo el panel de la luz abierto, y la pequeña puerta que lo cubre está colgando solamente por un tornillo. Ha debido caerse.

Me acerco con sigilo y compruebo con satisfacción que el tornillo superior se ha soltado y eso ha provocado el ruido sordo que tanto me ha asustado. Bah... Chorradas.

Decido bajar por las escaleras, el ascensor me recuerda a Kael, y me pondría demasiado nerviosa. Necesito estar calmada. Solamente lo conoces desde hace un día, no es tan importante.

Vale, vale. Ya vuelven mis pensamientos...

Cojo el mp4 rojo, lo enciendo y me pongo los auriculares. Abro la puerta del portal y salgo a la calle oscura. Han apagado ya las farolas. Qué tétrica visión. Solo las débiles luces del escaparate del supermercado alumbran un poco la calle. En mi cabeza suena una canción de Linkin Park. Perfecta para terminar de asustarme. Bah... Paranoias.

Doy un paso. Doy otro. Ves, no pasa nada.

Empiezo a caminar hacia el final de la calle. Todo tranquilo. Suspiro y mi corazón vuelve a latir con normalidad. Miro de nuevo la hora, son las cinco y media pasadas de la mañana.

Salgo de mi calle y sigo caminando, sosegada, pero sin dejar de echar la mirada atrás cada dos por tres. Otras dos calles más y salgo a una avenida. Me cruzo con poca gente, la mayoría

son personas que ha salido a correr o que han sacado a sus animales a pasear. Suspirando, llego hasta el final de esa calle, donde se encuentra la entrada al metro. Todavía no son las seis. Con la tontería de llegar a tiempo, me va a sobrar. Recuerdo que hay otra boca de metro a dos o tres calles. Para esperar diez minutos aquí sentada prefiero hacerlo andando, así no corro el riesgo de encontrarme con ningún borracho o desalmado con malas intenciones.

Vuelvo a caminar, un paso tras otro, mirando hacia atrás, escudriñando la oscuridad. Aún es totalmente de noche, ni un atisbo de luz del sol se asoma por entre los edificios.

Pasan las canciones en el mp4, y cuando llego a la siguiente boca del metro, miro la hora. ¡Las seis y cinco! Y tardo casi media hora en llegar al puente de Toledo...

Empiezo a correr. Bajo las escaleras de la boca del metro a toda prisa. Las mecánicas también las bajo corriendo. Otros días me parece que van demasiado deprisa para lo dormida que voy, pero hoy van demasiado lentas para la prisa que tengo. Paso mi bono por la máquina esa (tecnología la apruebo por los pelos, ¿vale?).

Nada más salir al arcén veo el metro llegar. Justo a tiempo. Subo y me dirijo al último vagón, que está más cerca del pasillo que debo tomar hacia el siguiente andén.

Solamente hay un hombre mayor, vestido con ropas sucias, con el pelo grasiento, el poco pelo que le queda colgándole de una semi calva cubierta de suciedad.

Un vagabundo. Espero no tener pinta de rica, por muy caras que sean mis deportivas no fui yo quien las compró. Me siento a toda la distancia que puedo.

El hombre alza la cabeza y me mira. Veo su reflejo en el cristal de enfrente. Cuando pasas por los túneles hacen de espejo. Puedo ver la necesidad en su mirada, y también “el punto de la felicidad” de un hombre que se gasta lo poco que tiene en bebidas alcohólicas. Se levanta, dispuesto a dirigirse hacia mí.

“*Siguiente parada...*” Rezo con todas mis fuerzas. Si intenta hacerme algo puedo salir pitando por la puerta que está a mi derecha, entre él y yo. Me pongo tensa, con el cuerpo preparado para correr en cualquier momento.

–Perdone señorriitaaa –sí que va borracho, sí...– sería usted tan amable de darrme un poco de su agua... ¿porrr faaavoorr?? – con su mano sucia señala la botella que hay en mi mochila, la cual sobresale levemente. Con las prisas olvidé cerrar bien la cremallera.

–Claro, tome la botella.

Prefiero darle la botella entera a tener que beber después de que lo haya hecho él... A saber cuánto tiempo llevará sin lavarse la boca.

–Muy amabllee señorriitaaa, grrracias ¡hip! –da un pequeño bote debido al hipo.

Bueno, al menos parece tener algo de razón el tipo este. Se ha dado cuenta de que no llevo dinero, salvo un par de euros por alguna emergencia. El vagabundo se gira y vuelve a su sitio

anterior. Llegamos a la siguiente parada casi al instante. Las puertas se abren, pero nadie sale, al igual que nadie entra. Ésta no es mi parada.

Pasados unos diez minutos, eternos, con el vagabundo bebiendo sin darse cuenta del ruido que hace de mi botella de agua, llego a mi parada. En el andén, un hombre vestido de hippie toca una guitarra dañada por los años. Que música más extraña, alegre pero fúnebre. Subo el volumen a tope. El mp4 no aísla todo sonido exterior.

Me dirijo hacia el siguiente metro. El viaje no será más largo.

Bueno, las seis y diecisiete, no es tan tarde. Sonrío para mis adentros al ver el metro llegar, parece que todo hoy me sale bien. Ojalá continúe así.

Paso las dos paradas en las que no debo bajar, me apeo del metro a la tercera, y corriendo salgo al exterior. Tengo algo de claustrofobia, y estar mucho tiempo bajo el suelo no me gusta...

Camino por debajo del arco de hierro con el logotipo de metro y con el cartel que me anuncia que estoy en el lugar correcto: Marqués de Vadillo. Al fin en el exterior.

Respiro bocanadas de aire, limpiando mis pulmones. Y ante mí contemplo el puente de Toledo (y las obras que le rodean). Miro al cielo, y antes de que mi mirada llegue a su destino me topo con el reloj que hay en un edificio cercano. Son ¡las seis y veintiocho minutos! ¡Al final llegaré tarde!

Empiezo a correr a través de la gente y los pocos coches

que empiezan a aparecer por la avenida. Cruzo veloz todos los pasos de cebra que me separan del puente y, más veloz aún, paso la entrada y subo la cuesta. No hay nadie. Son las seis y media.

Y no hay nadie. El puente está vacío. Solo estoy yo en él.

Decido acercarme del todo a los arcos, donde me dijo, también desde allí se me verá mejor desde el otro lado. A lo mejor está Kael allí. Llego al punto central de los dos arcos, uno a cada lado, y yo en el centro, girando sobre mí misma, buscándole. Veo edificios, veo el Río Manzanares debajo de mí, el cielo comenzando a clarear, el estadio Vicente Calderón y más edificios...

Fijo la mirada primero en un extremo del puente y después en el otro. Veo a gente caminar, pero no le veo a él. Es posible que se haya olvidado de mí. O que llegue tarde... Tal vez el metro o el bus no haya llegado a su hora. Son las seis y treinta tres minutos. Puedo esperarle. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Esperar.

Oh. Qué tonta he sido. Pensé que me había comportado de forma inteligente, que mi idea fue buena, que presionándole conseguiría algo. Él fue mejor que yo. Me hizo pensar que le había vencido en nuestra pequeña batalla interior, que había sido mejor que él pero... solo me engañó haciéndome creer que vendría, fue una buena excusa para irse de allí. Para deshacerse de mí. Me doy cuenta de que tengo los ojos húmedos. Estoy a punto de llorar. Y no es por su demostración de superioridad, no, sino... Porque pensé que algo podría cambiar, que ya no sería lo mismo, que mi vida tomaría un rumbo distinto, que al fin no estaría sola, que habría

alguien conmigo, una historia que creer, alguien en quien confiar...

Mi mirada se pierde en las piedras del suelo del puente. Y las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas. Tonta. Triste. Y sola. Como siempre. Doy una patada al empedrado con todas mis fuerzas, quiero desahogarme, exteriorizar esta rabia y esta pena que me invade...

–Eso ha tenido que doler.

Me giro, rápida, y me quedo enfrente de él a escasos centímetros de su barbilla.

Le miro a los ojos, pero antes veo su sonrisa, triunfal.

– ¿Estás bien?

Me seco las lágrimas lo más rápido que puedo. ¡Ha venido! Al pasar mis manos temblorosas por mis mejillas le doy a los cables de los auriculares y estos caen.

Los coge con su mano derecha antes de que toquen el suelo. Me los da. Le rozo la mano... Apago el mp4, temblando, y lo guardo en el bolsillo del pantalón.

Seguro que ha tenido un contratiempo y por eso ha llegado tarde. Son solo las seis y treinta y cinco minutos. ¡Y ha venido!

–Jajajajaja... –me mira con escepticismo, le entiendo, ver a alguien llorando y acto seguido reírse a carcajadas te deja un poco a cuadros...– Sí, sí... lo siento. Es que... Es alergia... sí... –veo la duda en su cara–, alergia al polen, y aquí con el río y tal, pues hay más polen que... –sigo sin saber mentir...

–Ya bueno, lo que tú digas, jajaja –y empieza a reír.

Pero yo ya no reía. Estábamos aquí por algo. Me tiene que

contar su explicación.

–Kael... –no me deja continuar.

–Sophia, no debería estar aquí, no debería ser yo el que te cuente lo que te voy a contar, no deberías saber la verdad todavía, pero eres... –su rostro muestra tristeza, está triste...

– ¿Quién soy Kael? Por favor, ya que no deberías hacerlo... y estás aquí... dímelo todo, te juro que después volveré a casa y al instituto como si nada hubiera pasado. Pero... – ¿seré capaz de decirlo?–, pero no me vuelvas a decir que me olvide de ti, que haga como si no existieras porque no podré.

¿Por qué? No soy tan atrevida. Alza su mirada y posa sus ojos en los míos. Sonríe.

–Bien, intentaré resumirlo, pero es una historia larga –ve mi cara de incompreensión...– No... No te contaré solo la explicación que te debo, porque sin la historia, te sonaría a chino, créeme, jajaja. Pero... después de que lo sepas, no puedo creerte cuando me dices que harás como si nada... me halaga saber que no me olvidarás, yo tampoco a ti – ¿es rubor lo que veo en sus mejillas?–, pero aun así... oh, qué leches. No me interrumpas, por favor.

Mira al cielo y respira lentamente. No le interrumpiré, seré la niña buena que quiere que sea, aunque sea únicamente por esta vez. Tal vez sea importante lo que deba decirme pero, ¿tanto como para no poder seguir mi vida normal? Es eso lo que quiero, cambiar. Aunque solamente sea por cambiar. Gira sobre sí mismo, dándome la espalda, mirando el horizonte. Me cruzo de brazos. No debo interrumpirle.

–Hay una historia que cuentan los ancianos de la ciudad. Cuentan que hace cincuenta años una joven de tu edad – ¿mía? ¿Cuántos años tendrá él?– desapareció en el callejón de ayer... Y que nunca se supo nada más de ella. Esa historia la cuentan con el fin de asustar, pero no de informar. Los ancianos que quisieron avisar de que había un peligro real, un peligro más allá de ese callejón, no fueron tomados en serio. ¿Quién iba a hacerles caso en un mundo controlado por máquinas? Cuando esa joven desapareció, encontraron una espada en el callejón, una espada como la del monstruo que quiso matarte, Sophia, porque eso era lo que pretendía hacer –se gira lentamente y me mira a los ojos–, quería volver al pasado, cambiar la historia de su raza, matar a la nieta de la joven que desapareció... –flipo– Margeritte, tu abuela, Sophia, fue esa joven, y nunca pensamos que tú estarías involucrada en esta historia. No lo estuvo tu madre, por lo que pensamos que no sería ese tu destino. Hasta que un oráculo proclamó una profecía según la cual la historia caería una generación antes de seguir. Tu madre se salvaba. Tú, no.

Me mareo. No ha dicho mucho... Pero este chico siempre dice demasiadas cosas en pocas palabras. Mi abuela... Oh, todo cuadra. Lo que parece mentira es verdad. Los cuentos... Esas historias, son reales, a mi abuela le sucedió algo... Empiezo a verlo todo borroso. Siempre he sido una chica fuerte. ¿Por qué caigo ante unas simples palabras?

–Sophia... Sophia... tranquila, no quiero... oh debí imaginarlo...

– ¿Imaginar qué? Que me daría un síncope cuando me enterase de que mi abuela no estaba loca, de que todo lo que decía era verdad y aun así... murió... murió pensando que nadie la creía...

–Tú la creías.

Su rostro se ha vuelto serio. No lo entiendo. Nunca la creí... hasta ayer. ¿Suficiente?

Bueno, en el fondo siempre deseé creerla... pero solamente lo deseé, no tengo consciencia de haberla creído febrilmente... No... Debo tranquilizarme. O está bromeando o si me habla en serio pienso escuchar toda la historia. Siempre he sido una chica fuerte. No debo caer por unas simples palabras.

Alzo la mirada y mis ojos se mezclan con los suyos. Los destellos del sol alumbran la piel de su rostro provocando pequeños destellos de luz. Su tez blanquecina se rebela ante el sol. Y yo me rebelo ante mí. Ante todo lo que pensé que era cierto. Soy fuerte.

–Continúa –usé una voz altiva, denotando seriedad.

–Si te encuentras mal... yo...

– ¡Sigue! No me vas a dejar ahora a medias, no, no. ¡No! Me da igual cómo me encuentre, quiero saberlo todo Kael, todo, ¿me oyes? –tal vez me haya pasado. Él no tiene la culpa de quién fue mi abuela. Frunce los labios en esa típica fina línea.

–Bien, Sophia. Tu abuela, Margeritte, fue secuestrada por...

Bruuuuum.....

El puente tiembla. Mis piernas fallan. Oh, estaba tan tensa, esperando la verdad. Caigo al suelo. Las piedras están duras y

frías.

Bruuuuum.....

Kael reacciona rápido, como siempre, y me coge de la mano izquierda, me levanta, me mira de arriba abajo y empieza a correr arrastrándome tras él.

Esa mirada que me ha echado, fue como si se asegurase de que estaba entera. Bueno, llevo la mochila bien colgada a mi espalda, si era lo que buscaba.

Qué deprisa corre, y seguro que si no me arrastrase a mí iría todavía más deprisa.

¡Pero si desapareció del ascensor!

–Vamos, intenta ir más deprisa...

No sonaba cansando, al revés, notaba cierta energía en su voz. Pero yo no puedo ir más deprisa. Siempre he cuidado mi físico, saliendo a correr por las mañanas, y aceptando cualquier ejercicio que implicase esfuerzo. Pero nunca me preocupé en conseguir velocidad, tengo resistencia, pero no soy veloz...

Salimos del puente, y éste deja de temblar. Pero Kael sigue corriendo, sigue arrastrándome detrás de sí.

–Kael... no puedo... –estoy agotada, va muy deprisa, apenas son 200 metros lo que hemos corrido pero me ha agotado...

Nos paramos. Sin soltarme la mano gira alrededor, buscando algo o a alguien que parece que encuentra... Sigo su mirada con la mía y un segundo después de ver a cinco hombres avanzar a paso firme y rápido por la calle de enfrente, apenas a unos metros de la glorieta de las Pirámides, Kael me coge en

brazos y empieza a correr, veloz, oh sí, esta vez veloz como el viento. Escucho sus pasos detrás de nosotros. No los veo. Kael me tiene aferrada como si soltarme... Este pensamiento ya lo he tenido. Si me suelta, moriremos, porque yo no puedo seguir su ritmo, no soy como él, yo soy humana, ¡soy una simple humana! Él es algo distinto, inhumano... Y otra tanda para los que nos siguen...

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum... Pum. Pumpum.

Pum. Pumpumpum.

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum... Pum. Pumpum.

Pum. Pumpumpum.

Son cinco.... y si... ¿y si Kael no puede con ellos? ¿Por eso huimos? ¡Es el fin! Si Kael no puede vencerlos, si no puede acabar con sus vidas, no tenemos escapatoria...

Seguimos avanzando entre la gente, que se aparta asustada. Creo que no se asustan de nosotros, juraría que no nos ven, no alcanzan a vernos, pero sí los ven a ellos... y también van deprisa... pero no tanto como nosotros... pero ellos sí que nos ven...

–Kael... –consigo murmurar apenas con un hilo de voz, el aire choca contra mi garganta sin dejar que salga algo más que un suspiro.

¡Sí que vamos deprisa! Me mira durante un instante, y sonrío. ¡Sonríe! Están a punto de matarnos y este crío no hace otra cosa que sonreír... Giramos y paramos bruscamente. Intento mirar a mí alrededor pero tengo los ojos doloridos, no los he cerrado en todo el trayecto y la fuerza del aire me los ha dejado cansados.

Además, todo está oscuro. Demasiado oscuro. Pero Kael está a mi lado. Él me protegerá.

Me separa de su torso y me deja caer de pie. Me sigue sujetando por los hombros. Veo sus ojos azules, son una luz en esta oscuridad.

–Sophia. No hay tiempo para más explicaciones... –mira a los lados, está nervioso, cómo no...– Mira, no ha salido como había previsto, me avisaron de que contarte la verdad de tu familia traería consecuencias pero no me dijeron que éstas llegarían incluso antes de habértelo contado todo... Deben saber quién eres, Sophia, y han buscado tu olor entre toda la gente de la ciudad y, oh, he sido un tonto, debí decirte otra hora, en la que hubiese más gente y no al revés... –entrecierra los ojos y mira a su izquierda.

–Kael yo... no tienes la culpa, hiciste lo que pensabas que estaba bien, y... gracias –me mira con los ojos como platos, no se esperaba mi reacción y menos esta sonrisa que tengo en los labios.

De verdad agradezco que estuviese allí. Que no hubiese llegado más tarde y que me sacase de ese lugar, porque si no... Lo más seguro es que estaría muerta.

–Has salido a tu abuela, sin duda –y sonrío, he conseguido sacarle una sonrisa–, ahora vamos a subir a mi coche, no te asustes por la velocidad que tomaré... No nos pasará nada.

–Contigo estoy segura, tú me protegerás –le he interrumpido, me cachis... y encima para decir algo que se sobreentiende.

–Te equivocas y no sabes cuánto. Yo ahora te protejo

porque aún no estás lista para tu futuro, pero cuando eso llegue... – se oye un sonido por encima de nosotros– oh, cuando eso llegue no necesitarás a nadie...

Me agarra de la mano y me conduce hasta un coche, un deportivo rojo, no veo la marca, bastante con que sé que es de color rojo, está todo tan oscuro... Me abre la puerta y debido a mi continuo estado de shock debe meterme en el coche y cerrarla tras de mí. En menos de un segundo ya está sentado a mi lado y arranca.

¿Que no necesitaré a nadie? Alguien como Kael no necesita a alguien, yo sí.

El coche va hacia atrás y enseguida Kael cambia de marcha y empieza a moverse dentro del laberinto del tráfico a toda velocidad.

No sé qué es lo que me falta para estar lista, pero...

Una puerta se abre delante de nosotros y los cinco hombres se interponen entre ella y el asfalto. Kael acelera y aprieta un botón amarillo que hay en el panel, debajo de la radio. Una luz azulada, proyectada a través de los faros delanteros del coche hace que los cinco... ya no sé cómo llamarlos... levanten sus brazos y se tapen la cara, protegiéndose de la luz que les da directamente en la cara. Es de día, ¿cómo una luz puede hacerles tanto daño?

Pasamos por su lado y uno se aferra al cristal de mi ventanilla en un intento de parar el coche. Su rostro... no es humano, tiene carne... azul; ojos... violetas; y el resto... lo demás parece humano, pero no lo es... ¿qué es?

Lo siento, demasiado para el cuerpo. No puedo más, soy fuerte, sí, pero cuando estoy sola, y por mucho que diga Kael él está a mi lado, conduciendo a toda velocidad por las calles de Madrid. La gente empieza a dirigirse a sus trabajos y las carreteras empiezan a estar atestadas de coches. Pero él entra por calles secundarias, algunas de dirección contraria que siempre están vacías, como si supiese cuál es la calle perfecta.

Me duelen los ojos, no puedo seguir mirando. Además, ir tan deprisa me está mareando. Oh, ahora desearía haber comido algo. Bueno, mejor no haberlo hecho porque no me gustaría ensuciar este precioso deportivo. Lo siento, no puedo seguir despierta. No después de saber que mis sueños, mis pesadillas, solo eran un adelanto de la realidad que me espera por vivir... Prefiero dormir y soñar de nuevo...

Quería que las cosas cambiasen, que fuesen distintas.

Bien Sophia, ya tienes lo que querías...

Ahora solamente me queda saber si... ¿podré vivir la vida que me espera?

-4-**Vivir con normalidad.**

Corro sin parar. Sin mirar atrás. Ya sé qué es lo que me persigue. Al menos sé que no es humano. Es un monstruo. Y viene a por mí. Viene a matarme.

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

Algo me coge de la mano derecha. La miro y otra mano, de tez blanquecina, sujeta la mía. Sigo su brazo, y llego hasta un rostro enfurecido por la rabia. Tiene sangre en la boca, sonrío, mostrando unos colmillos blancos, brillantes...

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

El monstruo aún sigue detrás de nosotros, ¿es que no se ha dado cuenta de que Kael da más miedo? Intento soltarme, pero él aferra mi mano como si eso... oh, el monstruo no puede ser peor que Kael, el monstruo solo quiere matarme, quiere vengar su pasado...

Pum. Pumpum. Pum. Pumpumpum. Pum...

Pero Kael... me quiere a mí, a todo lo que soy, a mi cuerpo, a mi... sangre. El monstruo a lo mejor no viene a por mí, no, seguro que a quien quiere es a Kael. ¡Quiero soltarme! Pero en vez de eso, lo que consigo es que Kael me arrastre hacia él y me pegue a su cuerpo.

Pum.Pumpum...

Me mira y sonrío. Vuelve a mostrar sus colmillos. Entonces respira, como si lo que oliese le gustase tanto que... Abre su boca

mientras se acerca a mi cuello... Oh, voy a morir, no era el monstruo al que debía temer, ¿qué hay peor que un vampiro hambriento?

Pum...

Doy un bote en la cama.

Vaya... ¿sueño? Kael era el malo y el monstruo, ¿también? Pero al final paraba, dejaba de perseguirme, ¿no? No lo tengo claro, no sé qué pasa al final...

Dejo caer las manos sobre la sábana. Un momento... ésta no es mi sábana. La mía tiene un tacto rugoso, por el paso de los años. Ésta, en cambio, es suave, como el terciopelo. La miro absorta. Es fucsia. Mi color favorito. Todo fucsia. Me giro. La almohada también es del mismo color. Observo que no es mi habitación. Hay una ventana a mi derecha, con unas cortinas color caoba cubriéndolas, evitando que la luz pase al cuarto. Debajo de la ventana hay un escritorio, de madera oscura, podría ser haya, no sé... solo me fijo en la habitación para calmarme, estoy viva, eso es lo que importa... Mi abuela...

Oh.

Ya empiezo a recordar. Corremos, yo en sus brazos, por las calles de Madrid... Esos seres nos siguen... Aún recuerdo esos ojos violetas mirándome, deseando tenerme... Un estremecimiento recorre mi cuerpo. Doblo las rodillas y meto la cabeza en ellas, me rodeo con los brazos...

¿Quién soy?

¿Dónde estoy?

¿Qué hago aquí?

¿Kael, es un vampiro?

Bah... Locuras.

Seguramente sigo soñando y... y... ¡Acepta ya la realidad!

Tu abuela fue la joven secuestrada, no sé lo que pasó porque Kael no pudo contártelo, y ahora... estás en una casa que no sabes de quién, a lo mejor es la suya, me habrá traído a su casa, es lo más lógico, ¿no?

Uff... Mi cabeza es un hervidero de preguntas. Siento que me va a estallar... Todavía no sé nada... Es muy poco lo que me contó... ¿Vampiros?

No creo...

No puede ser...

— ¿Sophia? —es él.

No puedo moverme. Su imagen... su rostro ensangrentado lanzándose hacia mi cuello... Las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas, ablandeciéndolas, estaban rígidas a causa de mi tensión, oh, por qué...

—Tranquila, soy yo —ya sé quién eres, vampiro—, ya estás a salvo. Por favor, mírame —pasan unos segundos, y yo sigo sin ser capaz de moverme, no, no puedo...—. Mírame por favor Sophia, me estás asustando, ¿estás herida? ¿Qué te pasa? —está preocupado, ja, un vampiro preocupado.

Pero y si no es un vampiro...

Mis sueños no se han equivocado, se han hecho realidad una vez, ¿por qué no ahora?

Tengo los ojos cerrados, no soy capaz de mirarle, no podría ver su rostro ensangrentado de nuevo. Saco la cabeza de entre mis rodillas y la dejo caer hacia atrás, apoyándola en el blando respaldo de la cama.

Noto cómo se sienta a mi lado. Mis manos están cada una a un lado sobre la sábana fucsia. Y él coge mi mano izquierda, la que está a su lado...

– ¡Suéltame! No me toques... –me levanto de la cama de un salto, en el lado contrario al suyo, enfrente de él.

Me mira sin saber qué hacer. Veo el miedo, la incertidumbre en sus ojos. Esos ojos azules. No, no puede ser el Kael de mis sueños, él era tan... terrorífico. Pero el Kael que tengo ante mí me mira preocupado, este Kael se preocupa por mí... y no puede ser un vampiro. Eso sí que ha sido solamente un sueño...

Bah... Chorradas.

–So...Sophia, soy yo, Kael... –le tiembla la voz.

Pero... ¿qué he hecho? Pensar que me haría daño, soy una tonta, solo se preocupa por mí, y teme que me ocurra algo, habla por sí solo, joder.

–No... Perdóname. Solo... estoy desorientada... Lo siento...

– ¿Estás bien?

–Sí... –aún no he recuperado mi voz, sigo débil.

– ¿Segura? Con el tiempo que has dormido cualquiera diría que han estado a punto de matarte... otra vez, jajaja –cuánto echaba

de menos esa sonrisa suya.

Vuelvo a sentarme en la cama, dándole la espalda, pero sabía que al sentarme Kael enseguida vendría a mi lado. Se sienta junto a mí y me mira. Oh, pobrecito...

–Tranquilo, puedes tocarme –le guiño un ojo–, solo han intentado matarme y bueno, tú no me vas a hacer daño así que...

Me rodea con sus brazos. Abro los ojos y veo el cuello de su camisa azul cielo ante mí. Cierro los ojos. ¿Por qué me abraza? Sería yo quien tuviese que abrazarle y darle las gracias por todo... Huele bien, muy bien, se ha duchado, y ha usado un gel hidratante.

Se separa de mí y me mira preocupado. Empiezo a aburrirme de ver siempre esa mirada...

–No... –No te separes de mí...– Lo siento, es que... hueles a gel hidratante jajaja –y empiezo a reír a carcajadas.

Me mira, divertido, y empieza a reírse conmigo. Me siento feliz.

Le miro y no puedo parar de reír. Siento una felicidad... y parece que él también la siente. Oh. Algo que he querido evitar la noche anterior ha estallado dentro de mí. He intentado que no sucediese, no quiero caer en los líos del amor... Porque tratándose de mí, no me traerá nada bueno... ¡Pero ahora soy tan feliz! Kael está aquí a mi lado, mirándome y riéndose y, por una vez, alguien no se ríe de mí, sino conmigo.

No... ¿Por qué he tenido que mirar ahí?

Sus dientes, sus colmillos son más largos de lo normal... no tanto como en el sueño pero... adiós felicidad, hola miedo...

Dejo de reír y bajo la cabeza, miro mis manos, en sus rodillas, y las suyas cubriendo mis manos... Debo aclarar este lío.

Siempre han dicho que los vampiros son malos, pero una vez mi abuela... *“Recuerda esto, niña, te digo que hay más realidad de la que crees en esas historias... pero en ellas también hay cosas falsas, escritas por interés, no todo lo que es malo es malo, y no todo lo que es bueno es bueno...”*

Si creo a mi abuela, y la debo una disculpa, qué mejor manera que ésta, qué mejor manera ¿qué demostrando que la creo? Tal vez Kael sea un vampiro y no sea malo y sea bueno, pero él es el bueno y tal vez sea el malo...

Bah...Inteligencia.

Solo tengo que armarme de valor para preguntárselo, solo eso.

Levanto la cabeza y busco su mirada. Está mirando hacia la ventana, no puede ver el exterior con lo que intuyo que está hundido en sus pensamientos, como yo. ¿Qué estará pensando? A lo mejor sospecha que lo sé.

–Kael...

–Dime, Sophia.

Sigo mirándole a los ojos, sus ojos siguen mirando a la nada.

Su voz ha sonado suave, tranquila. No tengo por qué tener miedo si él no lo tiene.

–Eres un vampiro, ¿verdad? – ¡lo he dicho! ¡He sido capaz!

Se levanta paulatinamente, soltando mis manos y haciendo

que éstas se separen del cálido contacto de su piel... Cálido, los vampiros son fríos, eso dicen...

¿Y si he hecho conjeturas donde no las hay?

Qué tonta he sido, como siempre, ay, qué mal...

No puedo evitar hundir mi cabeza entre mis manos, mientras Kael está delante de las cortinas, como quien quiere abrirlas pero no se atreve. Prefiero no mirarle. Prefiero no saber que he arruinado un futuro feliz, un futuro con un chico al que amo, que a lo mejor me quiere y que encima me salva y me ayuda...

—Sí, soy un vampiro.

¡¿QUÉ?!

Retiro las manos de mi cabeza y me quedo mirando su fuerte espalda con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Te dije que la historia era muy larga, Sophia —se gira, y ve mi rostro aterrizado— Oh, ¡no! No me mires así, por favor... Yo no, no te voy a hacer daño, te lo juro, no somos lo que os han hecho pensar, nosotros no vamos por ahí matando y haciendo daño, bebiendo sangre de humanos así porque sí, nosotros...

—Basta.

Sí, quería que mi voz sonase fuerte, lo suficientemente fuerte como para dejar de oír lo que ya sé. Porque Kael no va a hacerme daño, porque mi abuela tenía razón en todo, los malos, resulta que son los buenos.

Se ha quedado mirándome fijamente, he sido capaz de decir basta, pero ya no sé qué decir... Mi tía Helen dice que cuando una

no sabe qué hacer, decir, debe dejarse llevar por lo que te dice tu corazón... Pensé que era muy fácil decirlo si tenías a un montón de personas que hacían lo que les decías sin rechistar, pero...

–No me importa lo que seas. No te tengo miedo. Mira Kael... he soñado que abrías tu boca y mostrabas tus colmillos ante mí mientras ibas hacia mi cuello... –su expresión pasa del miedo al terror, no quiere que eso pase –pero ahí se acaba, no me muerdes, y al igual que el monstruo me perseguía para matarme pero no lo ha hecho porque tú apareciste para salvarme, sé que aún no sé nada, que tienes muchas cosas que contarme... Confío en ti, Kael – entonces me atrevo a mirarle a los ojos, y veo tranquilidad en ellos.

Se acerca a mí, tranquilo, como si su movimiento le doliese al mismísimo aire. Se detiene.

Niega con la cabeza y vuelve a dar otro paso, pero esta vez hacia atrás.

–Sophia, yo debo salvarte, llevarte ante mis superiores, ellos te ayudarán y te contarán todo lo que quieras. Ya estás dentro, no hay salida. Pero... –le cuesta hablar...– pero yo no estaré contigo. Siento defraudarte, Sophia pero... tú eres... humana, y yo soy un vampiro. Por muchas veces que te salve... conmigo siempre estarás en peligro.

– ¡No! – ¿qué dice?, en peligro con él...– ¡No! Contigo jamás me pasará nada...

– ¿No lo ves? ¿O es que no quieres verlo? Siempre puedo terminar el sueño, tu sueño, siempre puedo morderte, beber tu

sangre, mat...

Matarme.

–Y no quiero hacerlo. De verdad, por tu bien, por el mío propio, espera a que vengan tus padres y que te lleven a casa. Supuestamente has tenido un accidente corriendo y al desmayarte en la puerta de este hotel te recogieron y llamaron a tus padres – cambia de tema– y ahora te has despertado, y ellos ya vienen a por ti y...

– ¡No te vayas! No, por favor... Me da igual el riesgo que corra....

–Pero a mí no, Sophia. No nos conocemos apenas, he pasado más tiempo junto a ti mientras estabas dormida que despierta. Pero eso no ha evitado que...oh, vamos, será lo mejor... –mira hacia la puerta de la habitación como si hubiese escuchado algo, pero no he oído nada– Adiós, Sophia.

– ¡No!

La puerta se abre y me giro. Allí está mi madre, con el ceño fruncido y la mano colgando en el aire después de haberla usado para abrir la puerta. Vuelvo a girarme para encararme a Kael.

Pero él ya se ha ido, otra vez. Siempre tan evanescente...

Normal que mi madre tenga ese careto. Acabo de gritar con todas mis fuerzas un ¡no!, y debe de estar flipando...

–Ehm... mamá. Ya sabes que los bichos me dan mucho miedo... –empiezo a mover las manos como si estuviese espantado moscas– y, bueno, había una mosca por aquí un poquito grande.

–Calla, coge tus cosas y vamos –se gira, pero vuelve su

cabeza hacia mí –Ya hablaremos en casa, jovencita.

Y ahora ¿qué? Otra bronca... ¿Pero hay algo que no me pase a mí?

Ha dicho mis cosas... ¿Dónde estarán?

Retiro la mirada de mi madre, que se ha apoyado contra el marco de la puerta, y la paseo por la habitación hasta que encuentro mi mochila debajo del escritorio que hay bajo la ventana. Me acerco y al agacharme veo un libro pequeño en el centro del escritorio, delante de la lamparita. Cojo la mochila y me giro hacia dónde está mi madre pero antes de acercarme a ella me doy cuenta de que en la portada del libro había una etiqueta, en la que pone “Fire”, fuego, el apellido de Kael. ¿Será una coincidencia? Además, no parece un libro del hotel, era más bien antiguo...

Dudo unos instantes.

Sigo parada en medio de la habitación, con la mochila en la mano izquierda. Mi madre se gira y me hace un gesto con las dos manos levantándolas y poniendo una expresión estilo “¿a qué esperas?”

Será mejor que lo coja... Por Kael, claro, si se lo ha dejado y es suyo... ehm... bueno, puede que vuelva a por él y al ver que no está aquí... Oh, amor. Ya sabía yo que me traería problemas.

Frunzo el ceño y me giro para coger el libro.

Una vez en mi poder lo meto en la mochila y me doy la vuelta mientras me la cuelgo a la espalda. Antes de salir de la habitación la miro por última vez. Amplia, con las sábanas fucsias,

las cortinas caoba y una alfombra entre la cama y el armario, una gran alfombra rojo oscuro con un símbolo en el centro, marrón clarito.

Éste ha sido el último lugar en el que he visto a Kael, en el que he estado con él, en el que, tal vez, haya ocurrido nuestro mejor momento. O el peor...

Bah... Amor.

Vamos directas al ascensor. Sin decir una palabra entramos y salimos de él a un pequeño recibidor. Todo es de los mismos colores de la habitación. Parece un hotel hecho para mí, jajaja. Parece buena señal seguir teniendo ganas de reír... Aunque en este preciso instante prefiero reír y hacer como si mi vida no acabase de estropearse y de acabarse en parte, que llorar y dar la nota... Mi madre no se compadecería de mí, y la bronca seguiría siendo de las mismas dimensiones...

Mi madre, una mujer alta y esbelta, con el pelo castaño, los ojos verdes y el rostro afilado. Es delgada, podría haber sido modelo en vez de dependienta, y además aparenta menos edad de la que tiene. Son treinta y siete pero pasa por una mujer de treinta o inferior cuando se arregla. Ahora mismo lleva puesta la ropa del trabajo, una camisa rosa clarito con cuello y botones rojos. Un pantalón negro con una raya rosa en cada lado.

Salimos del edificio sin hablar. Ni siquiera nos hemos despedido de la recepcionista. Mi madre se ha acercado para dejar la llave y se ha girado enseguida hacia la puerta. Yo la he seguido

con paso firme. No quiero que piense que me asusta. Siempre hago lo mismo. No tengo miedo, y muy pocas veces lo he tenido, pero ahora es distinto...

Mi padre, un hombre de cuarenta y seis años, mayor que mi madre, pero que también se mantiene joven, sin más canas que débiles reflejos blancos tapados enseguida con tintes de su color, el negro. Sus ojos son marrones oscuros, como los míos. El único parecido con mi familia. Puesto que él es a la vez alto y delgado, pero fuerte. Yo no lo igualo a altura a ninguno de los dos.

Soy más baja y más ancha de cadera y espalda. Solo apostaría dinero a favor de que son mis padres por esos ojos marrones que tenemos mi padre y yo. Por eso, a lo mejor, he estado distanciada de ellos. Tampoco han sido muy cariñosos, me ayudaban con los deberes, me enseñaban a contar, leer, escribir... pero siempre sin mimos. Y, aun así, siempre hemos aparentado ser una familia feliz, vale, lo somos, pero exactamente porque yo no sé nada de ellos y ellos nada de mí. Esa es la razón por la que apostaría en contra de su paternidad...

Oh.

Intento cambiar de tema, llevar a mi mente hacia otros pensamientos... Pero no consigo quitarme a Kael de la cabeza. Hace dos días que lo conozco y, en efecto, hemos pasado más tiempo juntos estando yo dormida que despierta. Aun así, sé que le amo, será por ser vampiro y yo humana, una atracción mortal, ja. Eso son cosas de libros... Aunque a estas alturas...

No sé en qué parte de Madrid estoy, no me suena haber

pasado por aquí... Pero si supuestamente he venido corriendo más me vale quedarme con las calles y tiendas que haya, no vaya a ser que mi padre, con su inteligencia paternal me pregunte algo y yo no sepa qué decir... Sí, así me mantendré ocupada de camino a casa. En una tienda hay un reloj y veo, asombrada, que son las cinco y media aproximadamente de la tarde. ¡He debido dormir un montón! Y siempre con el mismo sueño...

Vaya, qué muñeco tan bonito hay en ese escaparate... Bien, mejor, ya no veo al Kael vampiro intentando morder mi... ¡Basta! Oh, esa fue la palabra que le dije cuando...

Vale, misión imposible, me ha quedado más claro que el agua... Uy, que el agua que hay en el escaparate de ese supermercado, y ¡qué filetes tan tiernos! Con su sangre...

Ay, madre... Refír por no llorar.

Entramos en uno de los túneles subterráneos de la ciudad. Está atestada de coches: la gente como mi madre acaba de salir del trabajo.

Mi madre es una mujer seria, educada y muy, muy inteligente, aunque deje ver lo contrario. Mi padre es un hombre serio, educado y muy, muy inteligente...

Yo, Sophia López, una hija seria, educada, y muy, muy... rara. Mi seriedad se agota en cuanto mi paciencia llega a su fin. Entonces estallo y todo el que me rodea y me haya hecho algo alguna vez lo paga (la demostración está en la expulsión de una semana hará dos meses por agredir a un compañero... pero, oye, él me ha estado insultando desde que llegué...), mi educación siempre

está presente, yo no te hago caso y así tú tampoco a mí; entonces soy educada y paso de todo el mundo.

Y mi inteligencia se limita a hacer apariciones de vez en cuando... pero nunca en el instituto. En cuanto a mi rareza... bueno, si no me comprendo ni yo, por el mero hecho de ser rara, ¿cómo explicarme cómo soy?

Pues como mi abuela, sí, rara, cada día (desde anoche) estoy más convencida de nuestro parentesco. Y pensar que mi madre es hija suya... si no se parecen ni en el blanco de los ojos; es que mi abuela los tenía rojizos debido a su edad, a su vejez y a su enfermedad.

Salimos del túnel, y descubro que estamos enfrente del puente de Toledo. Oh.

Y mi abuelo, aquel hombre que murió a causa de una pierna mal amputada durante la guerra civil española, tan gracioso, siempre pendiente de hacerme reír, porque decía que me veía tan seria que no quería que acabase como mi madre, casada, con una hija, y amargada. Hacía gracia, no lo puedo evitar... Con su pelo canoso y sus ojos grises.

Oh, jamás he vuelto a ver a nadie con ese mismo color de ojos. Hace cinco años que murió, y parece que fue ayer cuando me regaló el collar de oro con el colgante de la estrella gualda, con piedras plateadas incrustadas delante y mis iniciales detrás. Nunca me lo he quitado excepto para ducharme, dormir y practicar algún deporte en el que peligrase su rotura.

Mi madre enciende la radio.

Siempre la han incomodado los silencios, aunque fuesen provocados por ella. Pone un canal en el que están haciendo un resumen del día: *"...y tan pronto como han sido vistos, esos cinco hombres de capas han desaparecido de la ciudad sin dejar rastro. La policía no ha conseguido reunir ninguna prueba que los atase a ningún robo, ataque, a ningún hecho producido en el día de ayer y de hoy..."*

Cojo el mp4 y compruebo, satisfecha, que aún le queda una línea de batería, lo más seguro es que me dure hasta que llegemos a casa. Me siento cansada. Cómo será esto posible cuando he dormido una barbaridad... Definitivamente soy rara, rara, rara...

Empiezo a escuchar la canción de Linkin Park, Given up. La última reproducida. La que estaba escuchando cuando apareció Kael en el puente...

Tengo muchas canciones de ese grupo en el mp4, me encanta, también de 30 Seconds To Mars, Metallica, Lordi, Muse, Simple Plan, Summ 41, AC/DC, etc. Me va el rock, el heavy metal, también el pop, aunque no lo escuche mucho, y siempre en inglés, no saber lo que dicen me gusta. Así puedo concentrarme más en no pensar en nada, en aislarme del mundo que me rodea. Las canciones en español me obligan a pensar en sus letras, la mayoría de amores imposibles y...

Tomamos la calle que hay antes de mi casa. Por ahí fui con Kael ayer, hará justo un día, tal vez una hora antes...

El coche de mi madre es un Mercedes gris, no entiendo de coches por lo que... No, este tema no me sirve para despistarme de

él. Tendré que afrontarlo.

Miro al supermercado, con gente entrando y saliendo y esas luces parpadeantes que tanto me molestan. Son antinaturales, siempre apagándose y encendiéndose, se apaga, se enciende, se apaga, se enciende... Y son LED's, así ahorran consumo de energía, esas bombillitas pequeñas que tienen los coches...

Aparca con delicadeza, puesto que el coche es nuevo. Fue un capricho que tuvo gracias a la herencia que nos dejó mi abuela Margeritte, resulta que tenía unos ahorros... A mí me dejó cinco mil euros, exclusivamente para mí, por si los necesitaba alguna vez. Ahora, dentro de un año, para alguna emergencia, para cuando me independizase... su carta tenía más motivos...

Ya en el portal, no puedo evitar pensar en él. Imaginármelo de pie, sujetándome la puerta ennegrecida del portal, dándome paso.

Entramos en el ascensor y me da la sensación de que el botón de emergencia, abajo del todo, brilla cuando mi madre pasa su mano por encima hasta posarse en el del cuarto piso...

Hemos hablado tan poco, nos hemos dicho tan pocas cosas, y es tanto lo que siento, que creo que todo no es verdad. Pero aunque me chille a mí misma que todo es falso, que no ha ocurrido, siempre, siempre hay una vocecita en mi interior que me recuerda que es verdad, y que lo acepte de una vez por todas, sin titubear, sin poner en duda mi cordura...

Entramos en la casa, vacía puesto que mi padre los viernes no suele llegar hasta la noche, así se quita el trabajo retrasado y se

adelanta lo del día siguiente, evitando tener que ir a trabajar muchos sábados.

Mi madre va directa a su cuarto. Mi casa... No es muy grande, como un piso normal. Es antiguo, por lo que cuando llegamos nos dedicamos un fin de semana entero a pintarlo, no solo para renovarlo un poco, sino para que también mi abuela se sintiera mejor, puesto que decía que esa casa le parecía que se iba a derrumbar en cualquier momento.

La cocina está a la derecha, nada más entrar. Tiene una puerta que da a la entrada de la casa y otra al comedor, el cual está enfrente de la entrada. Al entrar en él se ve una puerta a la derecha. Es la de la habitación de mis padres, la más grande de todas, con baño incluido.

Después, si se mira a la izquierda se ve un pequeño pasillo, y al entrar en él, enfrente está la puerta del otro aseo, a la derecha la puerta de la segunda habitación más grande, la mía, con terraza pequeña incluida, y a la izquierda la de la habitación más pequeña, la de mi abuela. Le gustaba esa habitación porque solo tiene una pequeña ventana y es tan diminuto el cuarto que no tenía que moverse para coger un libro, encender la tele o sentarse en la butaca.

Entro en mi habitación. La cama está en el centro de la pared izquierda, así me da el calor de la calefacción que está en uno de los laterales que deja libre y a la vez la brisa que entra en verano por la terraza. Para los mosquitos, tengo un dosel fucsia que cuelga desde el techo pero está casi pegado a la pared, puesto

que en verano muchas noches termino claustrofóbica perdida.

El escritorio, a la izquierda nada más entrar, está desordenado, lleno de libros del instituto, con el ordenador portátil en el medio, cerrado, y libros de lectura colocados sin orden frente a la pared. La silla está llena de ropa. El armario está frente a la cama, a la derecha de la puerta, y es empotrado. Sus puertas son de madera desgastada por los años, como todas las de la casa. Dentro tengo muchas cosas, no solamente ropa.

Tengo libros, juegos, balones, patinetes, maletas, bolsas con múltiples objetos...

En el lado que queda libre entre el armario y la terraza hay una estantería metálica, en la que tengo figuras, huchas, muñecos pequeños, algún que otro libro y marcos con fotografías de la familia, la mayoría antiguas, puesto que hace años que no nos juntamos.

Bueno, en el entierro de mi abuela, al cual no fui porque no me gusta ese tipo de actos, y allí no vas a ponerte a hacer fotos como un poseso, jajaja, pobres...

Dejo la mochila en el hueco de sentarse de la silla, me quito la chaqueta, la arrojo dentro del armario, me quito las deportivas y me tumbo en la cama. Si me ducho estaré tan tranquila que entonces mis pensamientos no serán míos, jajaja, no serían decisiones tomadas por mí...

Me quito los auriculares y apago el mp4, lo dejo tirado a mi lado. Cierro los ojos y escucho a mi madre encender el grifo de la ducha. Oigo el ruido de la calle. No quiero ruido... Me levanto y

cierro la ventana. Cuando empieza a anochecer aún hace fresquito, y ya son más de las seis de la tarde, vale, aún es de día pero necesito concentrarme.

Antes de tumbarme de nuevo cojo el mando del reproductor de música de la estantería metálica y lo enciendo.

Enseguida se oyen las guitarras de Metallica. Bajo el volumen, tampoco es plan de asustar a alguien... Me tumbo en la cama, encima de mi sábana roja con corazones negros dibujados e intento relajarme. Respiro hondo tres veces antes de notar que mi cuerpo ya no está tan tenso. Bien, es hora de pensar.

Analicemos la situación, mente y corazón, analicémosla.

Kael es un vampiro, me ha ayudado y quería contármelo todo, pero entonces esos monstruos (aún veo esos ojos violetas clavados en mí) aparecieron de la nada y, seguro, fueron ellos los que lo fastidiaron todo, porque Kael dijo que sabía que contarme la verdad sobre ¿mi familia?, sí, que tendría consecuencias, pero no antes de contármelo... Pero eso se lo dijeron a él, alguien... El mismo alguien que vendrá a contármelo todo, ¿no?

Eso dijo, que vendrían y me lo contarían, porque ya estoy dentro y no puedo salir... Dónde me habré metido.

Mi abuela fue esa joven. Fue secuestrada por... Ahí se quedó. A lo mejor fue por esos monstruos, los mismos que me quieren a mí, por algo dijo Kael que querían vengar su pasado, cambiar su historia o algo así pero, ¿yo que tengo que ver en todo esto? Debe haber una explicación...

A ver, dijo algo de un oráculo... ¡ah, sí!

Que la historia caería una generación y que por eso mi madre está vivita y coleando sin ningún monstruo tras ella. Pero esos tipos sí que vienen detrás de mí. Porque si mi abuela fue...algo, o alguien, no sé, algo no tuvo que ser, porque ha estado entre nosotros desde... hum... desde que tengo consciencia. Tampoco me habían contado nunca nada. Mi abuelo y ella nunca hablaban de su pasado. Los únicos ancianos que he visto en mi corta vida que jamás me han contado sus típicas historias de su juventud. Sí, Margeritte me contaba que vivió muchas, y alucinantes, pero no cuáles. Tal vez se refiriese a cuando fue secuestrada. Tal vez se metió en un mundo plagado por vampiros y monstruos y por eso decía que lo de los cuentos era verdad, y echaba a los malos espíritus de mi cuarto.

Eso también lo hacía con mi madre. Y a por ella nunca han ido. Y si... no... No... ¿Sí? Tal vez... Quizá... A lo mejor... Es posible...

A ver, a ver... Organicémonos, pensamientos...

Mi abuela echaba a los malos espíritus, mi madre no sufrió nunca sueños extraños y yo solamente cuando... ¡cuando estaba mucho tiempo sin verla! Pero cuando estaba con ella nunca soñaba, hasta que murió.

Y Kael dijo que hacía poco... -¿podría ser hace seis semanas y tres días?-, un oráculo había dicho la profecía esa de que la historia caería una generación. Porque yo ya he nacido.

Y por eso se salva mi madre, por eso me toca a mí vivir... ¿la experiencia de mi abuela? ¿Fue por eso por lo que aunque la

mirase con cara de asco, odio, siempre terminaba contándome las historias? ¿Igual que le hizo a mi madre? Contarlas aunque no la escuchásemos. Pero constantemente las contaba. Porque intuiría que podría pasarnos lo mismo.

Cuánto desearía haberla prestado más atención.

La verdad es que más que mi madre sí he prestado, eso lo decía la propia Margeritte: *“Sophia es más sabia que Alexia, sabe distinguir las cosas, y por eso me escucha...”* Mi madre se llama Alexia, un nombre que me encanta.

Un momento, dijo que yo sabía distinguir... Por eso, tal vez supe que yo nunca encajaría en este mundo, porque sabía que era distinta. Tal vez ese sea mi destino, desaparecer de este mundo y adentrarme en otro... Aunque ambos estén en el planeta Tierra...

¡Ja! ¿Yo vampiro? ¡Ja! Aunque...No, Kael dijo que era humana. ¡Espera! Dudó. Hizo un paréntesis. Pero dijo humana. Y no tengo los ojos violetas ni la piel azul. Porque soy humana, ¿no?

Bah... Chorradas.

Mejor no delirar sobre qué soy sino sobre quién. Nieta de la adolescente desaparecida pero que resulta que ha estado encontrada durante muchos años...

Qué paradoja.

Hablando de paradojas... ¿cuándo vendrá ese alguien a contarme la verdad? Mientras tanto, ¿qué hago? ¿Vida normal?

¿O me escondo en mi cuarto? Así seguro que no me encuentran esos... Kael dijo que me olieron... ¡Este lugar está impregnado de mi olor!

Me levanto y cojo la colonia de una de mis mesillas y empiezo a echarla por la habitación. Sé que es una tontería, pero así me siento más a gusto.

No puedo esconderme. Sería un “humano” fácil. Y también mis padres. Pero si hago vida normal, también podrían encontrarme.

Esos tíos serían capaces de encontrar una aguja en un pajar, lo juro por Snoopy.

Río por no llorar. Como siempre. Cierro los ojos intentando retener las lágrimas en ellos. Me siento en el borde de la cama.

Echo la cabeza hacia atrás y suspiro. Pero no puedo evitar llorar.

Me tumbo boca abajo aplastando mi cara contra la almohada, ahogando mis sollozos.

Quise cambiar de vida, quise ser distinta para ser como los demás, para ser aceptada entre la gente que se mofa de mí, quise ser otra persona, pero ahora más que nunca me arrepiento de mi error porque a mí siempre me ha gustado ser diferente a los demás, saber que soy distinta, tal vez única, saber que no hay nadie como yo y que aunque se rían de mí, ellos son todos iguales, nadie es como yo, porque yo... ¿qué soy yo?

Ahora solamente queda que pasen los días.

Mis hombros dejan de estar en tensión y relajo todo el cuerpo sobre la cama. Me pongo boca arriba, y me seco las mejillas con las manos.

Cierro los ojos y veo una sola imagen. Kael sonriendo.

Se ha ido, vale, pero se ha ido por algo, algo que voy a descubrir, no solamente por mí, por mi abuela, porque quiero saber quién fue y así poder respetarla, por mis padres, porque...oh, los quiero y no desearía verlos sufrir, y por él, por Kael, porque se ha ido y porque le quiero y porque... tengo que saber si él siente lo mismo por mí, necesito saber si no estoy loca, si el amor no me ha cegado completamente.

Esperaré.

No me importa cuánto tarde ese alguien en venir a contármelo todo. Seguiré con mi vida con normalidad. Solamente cuando esté a solas me permitiré alucinar, y ni eso.

Porque esto es verdad y por mucho que piense qué es lo que me podrá pasar, sé seguro que algo me pasará. Ojalá fuese junto a él, ojalá pudiese recorrer este amargo camino cogida de su mano.

Pero, aunque su mano no esté aquí, sí su recuerdo, el de esos minutos junto a él, el de sus palabras, sus miradas, sus sonrisas, su abrazo, su olor, su voz, y su forma de preocuparse por mí...

Todo sigue aquí, solo tengo que pensar en él y todo aparece en mi mente y pasa veloz por ella, recordándome que no todo es malo. Que hay algo bueno, y aunque esté lejos... está, y eso es lo que importa.

Su deseo es que no me ocurra nada malo. Si Kael no me puede proteger, lo haré yo misma, para que cuando le encuentre vea que he luchado por él y por el amor que deseo disfrutemos juntos.

Sé que ese camino está cerca y que será largo, lo siento dentro de mí. Caminaré a través de él.

Porque ahora no estoy sola. Ahora él está conmigo. Está en mi corazón. Si este es mi deber, voy a cumplirlo, como hizo mi abuela.

Si me secuestran, escaparé. Si muero, no, eso jamás, no antes de seguir ese camino. No sé cuál es, ni me importa, ya llegará el momento de preocuparse por eso.

Porque soy fuerte, soy “sabia”. Porque sé que ahora empieza mi vida. Porque nunca he dejado nada a medias. Si he querido algo, lo he conseguido. Porque es mi vida, y la quiero.

Porque estoy harta de solo soñar, quiero comenzar a vivir de una vez. Por mí. Por Margeritte. Por mis padres. Por Kael.

¡Basta!

-5-

Esperando.

Aquí estoy otra vez, como todas las tardes desde que cambió mi vida. Mirando hacia el horizonte desde el puente de Toledo. Esperando, como dije que esperaría.

Han pasado más de dos semanas. Hoy es lunes y una nueva empieza. Todo sigue igual. Pensé que tardarían poco en venir a contarme la verdad sobre mi familia o que los monstruos harían acto de presencia en cualquier momento. Pero solamente he vivido mi vida tal y como he hecho siempre. Salir a correr algunas mañanas, ir al instituto, volver a casa y hacer los deberes. El único cambio es el que estoy haciendo ahora mismo, pasar parte de la tarde hasta la hora de cenar aquí, con la mirada perdida y recordando una y otra vez todas, absolutamente todas las palabras que me dijo Kael. Intentando evocar algo en lo que no haya caído, por no haberle dado importancia, o simplemente por escuchar de nuevo en mi mente su aterciopelada voz, con ese matiz de preocupación la mayor parte del tiempo.

Tengo la vaga esperanza de que cuando me gire para irme, él aparezca por el extremo del puente. Pero sé que eso no pasará, y aun así no puedo evitar tener esa esperanza dentro de mí. Aunque no quiera pensar en él, el brillo de sus ojos azules siempre, siempre lo veo. En todos lados. De pronto todos los azules se han tornado del mismo tono.

Pero he decidido tomarme todo este asunto con normalidad.

No puedo permitirme estar más absorta aún en clase, estamos a mediados de marzo y los exámenes finales están al caer. Debo estudiar, puesto que tengo filosofía suspendida del trimestre pasado, y quiero recuperarla. Aprobé con notable el examen de las Guerras Mundiales de historia, la verdad es que su estudio me sirvió para despejar mi mente y después poder tomarme las cosas con más tranquilidad.

Dedico la mayor parte del tiempo a estudiar. Repaso los deberes, hago resúmenes, cosa que nunca había hecho, y los leo todas las veces que puedo. Vale, mi vida entonces no sigue tan normal, porque de aprobar por los pelos he pasado a notas como notables o sobresalientes, y eso está asombrando a mis padres, que quieren que haga el bachillerato también en Madrid. Y esa decisión no me ha importado para nada pues no sé cuánto tiempo tendré que esperar. No me gustaría estar lejos del lugar en el que saben que estoy.

Deseo que me encuentren y me lo digan todo.

Lo deseo con fervor.

Pero he aprendido a ser paciente, y estoy dando muestra de ello.

Otra cosa que ha cambiado débilmente es mi relación con mis padres después de la bronca por salir a correr y dirigirme a sitios desconocidos sin conocer a nadie que me pudiese ayudar si me ocurriese algo, como lo que me pasó, un ataque de alergia al polen. Me dejó sin respiración y eso provocó que perdiera la conciencia.

Claro, eso es lo que ellos se piensan y por eso mismo intento mejorar nuestra situación, porque ellos no tienen la culpa de mi destino ni del camino que tendré que seguir. Por eso, aunque es posible que después me cueste y me duela más separarme de ellos si es lo que tengo que hacer, lo haré sabiendo que los últimos momentos juntos han sido felices y hemos estado más unidos que nunca, no juntos pero cada uno por su lado, como ha ocurrido siempre.

Tal vez piensen que estoy madurando y que por eso hablo con ellos de temas como su trabajo, la crisis que ahoga al país o cómo se tiene que poner una lavadora... Todo tema es crucial, puesto que al saber poner una lavadora le quito trabajo a mi madre y eso hace que le caiga mejor. Y porque así también estoy entretenida un rato.

Oh sí, digo que mi vida sigue normal, oh sí, y lo es.

Pero procuro estar lo más ocupada posible para evitar pensar en todo, solamente me permito dejar divagar a mi mente aquí.

Son las siete y media de la tarde y ya empieza a hacer calor, pero aún corre una brisa fresca que hace que se esté muy a gusto.

Hay bastante gente paseando, no me había dado cuenta de la gran cantidad de turistas que vienen a ver la ciudad. Hay extranjeros de todas partes, chinos, ingleses, americanos, alemanes, franceses, italianos, incluso africanos. No sé qué encontrarán de interesante en una ciudad como todas las demás de España y de otros países europeos, pero me gusta que pasen por

detrás de mí mientras estoy aquí mirando a la nada.

Hoy el cielo está nublado, y lleva todo el día a punto de llover. Pero solo hace amagos de vez en cuando. Hace tiempo que no llueve por aquí, una buena tormenta no vendría mal...

Unas finas gotas de agua empiezan a mojar la balaustrada de piedra que tengo delante. Dicho y hecho. Es bueno saber que el cielo me hace caso.

En fin, será mejor que me vaya, que hoy me toca sacar a Boy, un Pomerania de color apricot con manchas blancas. Es de altura media y es ya un perro adulto, tiene siete años. Es tranquilo y muy mimoso. Ten listo, le digo “sit” y se sienta, “plas” y se tumba, “rueda” y gira sobre sí mismo, me da las patitas y me trae los calcetines.

Voy hacia la boca del metro de la avenida del General Ricardos, la de Marqués Vadillo, la misma de aquella mañana. Hay mucha gente a estas horas entrando y saliendo del metro.

Mientras bajo los primeros escalones me da por mirar arriba, al frente, y veo a un tipo de espaldas con una capa gris y capucha.

El corazón se me acelera, y con cuidado de no tropezar y no llamar la atención empiezo a correr hacia el interior de los túneles. Paso el bono por la máquina, tranquilamente, puesto que hay mucha gente, y ver a una joven corriendo con cara de loca no sería bueno... Eso me recuerda que debo seguir practicando con mis nervios.

Cada noche, antes de irme a dormir, respiro hondo hasta

que mi cuerpo se tranquiliza totalmente y acto seguido recuerdo el monstruoso rostro azul con ojos violetas e intento seguir tranquila. Las últimas noches lo he conseguido, pero después siempre veo ese rostro en sueños...

Sigo avanzando veloz entre la gente, hacia el arcén.

El metro tarda un par de minutos en llegar. Mientras tanto yo me he puesto delante de un grupo de mujeres que parloteaban cerca de la vía, así mi cuerpo quedaba escondido y no se veía desde ningún punto del andén.

Pero sí desde el andén de enfrente.

Escucho el ruido que producen los vagones del metro contra las vías al aproximarse. Me giro hacia el lado izquierdo, por el que viene, y al volver la vista al andén de enfrente preparada ya para entrar en el metro, veo al tipo de la capa mirándome fijamente con esos ojos violetas.

Quedo paralizada por el horror.

–Hija, ¿estás bien? –una de las señoras al pasar por mi lado para disponerse a entrar en el vagón ha visto mi cara y consigue sacarme del estado paralítico.

–Ehm sí, gracias, solo es que me había parecido ver a alguien conocido... –sonríó levemente, la boca no me reacciona...

–Pues hija, tenía que ser alguien que te cae muy mal porque tenías una cara... Pobrecita –roza su mano contra mi hombro antes de entrar en el vagón.

Sin esperar nada más por parte de esa señora tan simpática entro en el vagón y empiezo a ir hasta el último de todos, con la

esperanza de que las puertas se cierren detrás de mí. Si ese tío ha sido capaz de llegar al otro lado del andén, entrando por otra boca de metro, y llegar al mismo tiempo que yo, también será capaz de pasar hasta mi andén sin ser visto y de entrar en el metro.

Llego hasta el último vagón, que está hasta los topes de gente.

Mejor. Así seguro que no me hará nada, porque me quiere solo a mí, ¿no?

No puedo evitar perder la paciencia y empiezo a sudar debido a los nervios.

Mis manos resbalan de la barra, a la que me agarro para no perder el equilibrio, pero soy tan zopenca que caigo y me quedo sentada en el suelo. Un hombre que estaba a mi lado me tiende su mano y me ayuda a levantarme. Le doy las gracias con una sonrisa y me apoyo en el hueco que encuentro más cercano a la pared. Así evitaré caerme. ¿Qué hago ahora?

Seguramente me haya seguido y esté esperando a que salga del metro para ir a por mí. A lo mejor piensa que saldré en la parada de mi casa, pero no. Saldré en la siguiente parada, me meteré por otro pasillo y entraré en el primer metro que aparezca y aunque tarde horas en llegar a mi casa no pararé hasta verme segura.

Ya queda poco para la siguiente parada... Me acerco a la puerta y miro a través del cristal. Oh. ¡Está fuera!

Está... ¡Está agarrado al vagón! ¿Pero, cómo? Ay madre... así sabe si salgo, si entro, si me cambio de vagón, ¡así ve todos mis

movimientos!

Pero, ¿cuáles? Me he quedado paralizada mirándole a los ojos violetas. Me está mirando, es como si intentase decirme algo con la mirada. Tiene una mirada terrorífica... ¿por qué no puedo dejar de mirarle? Un zumbido recorre mi mente... Y sin saber por qué, me encuentro pensando en una persecución por el bosque...

Tengo que hacer algo. Si salgo... me seguirá... Debo pensar...

Cierro los ojos y me doy la vuelta, de espaldas al monstruo. Noto como si en cualquier instante algo me fuese a agarrar por los hombros y fuese a arrastrarme por las vías.

Respiro hondo y abro los ojos.

Sigo rodeada de gente. Y todos están tranquilos, no temen al monstruo porque no saben que está ahí fuera. Si lo supiesen se volverían todos locos y... ¡Sí!

Con la mirada busco al hombre que me ayudó a levantarme, un anciano con cara simpática. Lo siento, me digo a mí misma.

–Perdone, disculpe. ¿Sería tan amable de mirar por mí por esa puerta? –Con la mano señalo cuál– Es que me ha parecido ver algo...

–Sí, claro señorita –me sigue mirando a mí mientras se dirige a la puerta, eso puede despistar al monstruo–. Aunque no debería tener miedo, no puede haber nada ahí, se lo digo yo que...

Ve al monstruo. Lo ha visto.

– ¡MONSTRUO!

Toda la gente empieza a mirar al hombre como si estuviese

loco, y éste empieza a decir y a gritar que hay algo ahí fuera con unos ojos violetas y la piel azul, la gente lo mira incrédula ante sus palabras, pero se asoman y lo ven. Me atrevo a acercarme y a mirarlo. En cuanto ve que me acerco, da un puñetazo en la puerta.

Y la luz de la siguiente parada se divisa.

La gente empieza a correr hacia los otros vagones. Y yo no hago otra cosa que mirar al monstruo mientras da otro y otro puñetazo a la puerta intentando entrar. Debo salir de aquí. La idea ha funcionado.

Prometí que me protegería a mí misma, como si Kael estuviese aquí y eso es lo que voy a hacer. Saco la daga de mi cintura (una pequeña precaución...), le miro, le sonrío, me doy la vuelta y empiezo a correr hacia las demás personas.

Cuando las puertas se abren y la gente sale a trompicones chillando asustada, oigo un golpe detrás de mí y adivino que tiene que ser la puerta, que ha conseguido tirarla abajo. Bien, eso le detendrá. Tendrá que pasar por vagones con las puertas cerradas antes de poder salir al exterior y para entonces es posible que éstas ya se hayan cerrado...

Corro y corro entre la multitud. Llevo la daga bien sujeta debajo de mi manga.

Por lo menos me defenderé.

El gentío corre hacia el exterior, pero empiezan a chillar de nuevo y a darse la vuelta. ¿Qué pasa? ¡La salida está ahí! ¿Qué hacen? ¡Están todos locos! Yo no pienso darme la vuelta, ¡no!

En qué mal momento dejé de lado mi inteligencia... Tomo

la esquina que muestra las escaleras hacia el exterior y veo bajar por ellas a otros dos monstruos más. Enseguida me paro y me ven. Sacan sus espadas y bajan de un salto todos los escalones restantes. Veo una papelera y le doy una patada antes de salir corriendo hacia... el otro monstruo.

Ya son tres. Tres contra una. Monstruos contra humanos. Perdón, humana.

Corro y corro sin mirar atrás. Sé qué es lo que me persigue. Estoy sola en el pasillo. La esquina próxima está muy cerca. Escucho los gritos de la gente alterada al otro lado. Del pasillo que queda a mi izquierda sale el otro monstruo.

Yo ya voy corriendo, con lo que me armo de valor, saco mi temple y me imagino que estoy jugando en el instituto a cualquier chorrada y que ese monstruo es un obstáculo que debo sobrepasar para seguir adelante.

La gente está al otro lado.

El monstruo enfrente de mí. Ya no es solamente por mí, sino por esas personas.

Acelero y me acerco vertiginosamente al monstruo, él mueve su espada hacia mí, pero yo me agacho al pasar por su lado y le clavo la daga en la pierna. No me paro para ver los daños causados y sigo corriendo. El monstruo emite un gemido de dolor.

Yo sigo corriendo, sin mirar atrás. Giro la esquina que viene a mi derecha y veo a la gente entrar en un metro. Hago gestos para que no se cierren las puertas, pero resulta un esfuerzo en vano. Ya se han cerrado y la gente me mira aterrorizada. Estoy

he estado en esta parada y no sé dónde está la salida... Salgo en otro andén, en el que el metro acaba de llegar.

Subo. Entro. La gente se me queda mirando. Entonces me miro a mí misma y me doy cuenta de que estoy sucia, tengo la ropa con manchas negras, estoy sudando un montón y empiezo a hiperventilar. Veo un asiento libre y decido sentarme. Apoyo la cabeza en el cristal y cierro los ojos.

Respiro hondo. Me río.

Me río a carcajadas. Sostengo la cabeza entre mis manos. Las lágrimas corren por mis mejillas. No me importa que me miren. Ni lo que piensen de mí.

¡Estoy viva! Y eso es lo que me importa...

He conseguido escapar de esos monstruos yo sola. Vale, el metro ayudó bastante, pero... ¡le clavé la daga! Tuve el valor suficiente para encararme con él y avanzar sin miedo alguno. En el fondo estaba hecha tiras, pero evité enervarme y lo conseguí. Si mis padres lo supiesen estarían orgullosos de mí. Oh sí. Oh sí. Jajaja.

Y Kael...a lo mejor tenía razón y todo al decir que cuando lo supiese todo no dependería de nadie. Pero la cuestión es que aún no sé nada....

Pongo la espalda recta y miro hacia arriba, hacia el mapa de las paradas de metro que está enfrente. No tendré cobertura en el móvil por lo que no podré avisar a mis padres de que llego tarde. Miro el reloj, son las ocho y cuarto de la noche. Al final con la tontería de mi tercer intento de asesinato se me ha hecho muy

tarde.

Me fijo en el mapa de paradas.

Estoy en una red de túneles en la que nunca había entrado. Pero me alegro al ver que la siguiente parada es la Plaza Elíptica. Será mejor que baje aquí y mire con atención para tomar otra ruta.

Salgo del metro y todo parece normal. Pero yo no. La gente me mira. Será mejor que vaya al baño. Me dirijo hacia allí y una vez dentro me observo detenidamente. Tengo que hacer algo para no parecer una ladrona ni una vagabunda. Mejor me quito la chaqueta y me la cuelgo de la cintura, así se tapan manchas del pantalón y si pongo la chaqueta al revés escondo a la vez las suyas. Llevo una camiseta verde claro con dibujos de mariposas y mariquitas y otros bichos. Mi chaqueta, marrón oscuro. El pantalón es negro, por lo que las manchas que queden sin tapar no se notarán mucho. Además, ya ha oscurecido y no hay problema de que el sol me dé de lleno y llame la atención.

Me arreglo el pelo y me lavo la cara.

Bueno, estoy mejor que antes. Pero mejor me recojo el pelo. Se me quedarán algunas capas sueltas, pero lo llevo demasiado despeinado para llevarlo suelto. Dicho y hecho.

Salgo del baño y le pregunto al hombre que vende los pases por dónde se llega mejor a mi casa. Me indica la línea que tengo que coger, y sacando el bono metro vuelvo a pasar a los ajetreteados pasillos. Salgo al andén que me ha dicho el hombre y espero al metro. En los paneles que cuelgan del techo, pone que tardará dos minutos en venir. Me apoyo en la pared con paciencia.

Me miro de arriba a abajo, comprobando que voy decente, y aunque el pantalón se vea sucio, parece que está así aposta. Vuelvo a hacer el nudo de la chaqueta en mi cintura y me aprieto más la coleta.

Entro al vagón.

Hay varios sitios libres y me siento en uno.

Sigo sudando y el corazón todavía me late a mil por hora. No me gusta estar mucho tiempo encerrada... Miro en mi bolso y veo que tengo casi veinte euros, lo suficiente como para llegar a casa en taxi. Decido bajar en la siguiente parada, y eso es lo que hago.

Andando a toda pastilla por los pasillos, riéndome como hago siempre cuando veo la advertencia que hay en la escaleras, arriba en el techo, que te dice que tengas cuidado de no chocarte porque está más bajo de lo normal, me choco con un hombre mayor.

Le pido disculpas.

Estaba mirando al techo, comprobando que no me golpeo, no soy especialmente alta, y no me di cuenta. Se le caen los papeles que llevaba en una carpeta. Me dice que es profesor y esos eran los exámenes de sus alumnos. Le pido disculpas mil veces y me responde que no pasa nada, que iba con tantas prisas que ni siquiera me vio. Cuando terminamos de recoger sus papeles, el hombre se percata del arañazo que tengo en el brazo, que me hice cuando subía por el muro de las vías.

Le sonrío nerviosamente, mientras le deseo que tenga un

buen día y que el desastre de los exámenes sea leve y salgo corriendo por las escaleras.

Noto como el hombre me sigue mirando, observándome mientras corro, está claro que ahora mismo no parezco una chica normal, a saber qué habrá pensado el pobre señor.

Veo el exterior y el aire limpio (pero contaminado) de la ciudad que hace que tome gran cantidad de aire y vuelva a respirar hondo. Subo las últimas escaleras sin pararme y me pongo a buscar a algún taxi. Giro una esquina y me fijo en una puerta que ya he visto antes... ¡Es el hotel!

Me acerco y está abierto. ¿Entro? No creo que pase nada por hacerlo, además, aún tengo el cuerpo listo para seguir huyendo... La recepcionista me ve y me sonrío.

–Buenos días señorita Sophia, ¿en qué puedo atenderla? – conoce mi nombre, voy a ver qué más sabe la mujer esta...

–Ehm, buenos días señorita... –le hago un gesto para que me diga su nombre.

–Victory, Vic para los clientes habituales, ¿que desea esta vez? ¿La misma habitación? –sigue sonriéndome.

No sé porque debería pedir una habitación, pero si insiste...

–Bueno, la verdad es que no llevo dinero encima como para alquilar una habitación tan grande y lujosa...

–No es problema, el señor Fire me dijo que lo pagaba todo, que era usted bienvenida siempre que quisiese.

¿Kael? A lo mejor tenía que haber pasado antes por aquí, o haberme atrevido a mirar el libro que cogí...

–Entonces sí, la misma habitación, gracias Vic.

Sonrí y termino de acercarme al mostrador mientras la recepcionista se gira y busca en la estantería de las llaves. Coge una y me la deja en el mostrador.

–Señorita Sophia.... –justo cuando voy a coger la llave me pone la mano encima, deteniéndome–, debe saber que el señor Fire me dijo que había algo en la estrella y su símbolo que le daría respuestas. Se lo iba a decir cuando se fue, pero la otra mujer me... bueno me intimidó un poco, lo siento.

Parece sincera. Retira su mano de la mía. Le doy las gracias y me encamino hacia la habitación. La estrella y su símbolo... ¿pero de qué me habla? A lo mejor Kael pensó que me habría contado algo más antes de evanescerse, o tal vez sea una broma...

Llego a la puerta del ascensor y pulso el botón del piso tercero. Subo muy despacio. Mientras, mi mente sigue dándole vueltas a esas palabras, este chaval siempre diciendo tanto en tan poco...

Llego a la puerta de la habitación, la abro y entro en ella. Todo está tal y como lo recordaba.

Entonces me acuerdo de mis padres. Cojo el móvil y marco el teléfono de mi madre.

Pii. Piii. Pii. Piii.

–¡Sophia! Te he llamado seis veces, ¿dónde estabas? ¿Te encuentras bien?

–Mamá, supongo que saldrá en las noticias, justo cuando estaba en el metro un tío muy raro ha aparecido fuera, jagarrado en

la puerta del metro! Ileso y sin ninguna herida, y todos hemos empezado a chillar porque, yo no lo he visto, pero decían que tenía la piel azul o no sé qué y entonces en la siguiente parada hemos salido del metro y todo ha sido un caos mamá, el tipo ese nos seguía hasta que nos hemos desperdigado y yo me he subido a otro metro que no sabía a dónde iba y entonces he decidido salir de allí, ¡por si el tipo ese volvía! Y bueno, he aparecido cerca del hotel ese de la otra vez, y he preferido entrar para que vengas a buscarme y...

– ¿Pero estás bien? –Está histérica– ¿No te ha pasado nada?

–Bueno... me he caído un par de veces y tal, sabes, tengo manchas por todos lados, pero estoy bien mami, ¿vienes a por mí? Porfa... –pongo voz de pena...

– ¡Sí! Claro, hija, voy enseguida, no te muevas de ese hotel. Estaré allí lo antes posible...

Después de repetirle que estoy bien y que la esperaré en el hotel cuelgo y me siento en el borde de la cama. Miro el armario, blanco con dibujos en las esquinas fucsias, son líneas que se entrelazan entre ellas. Entonces me acuerdo del símbolo y su estrella... Tiene que estar por aquí, ¿por qué si no decírselo a la recepcionista y no a otra persona?

Me levanto y me quito la chaqueta de la cintura, no me gusta llevarla ahí. Me pongo a mirar la habitación. Me detengo en el armario, lo abro y busco algo con una estrella. Nada. Me giro hacia el escritorio. Nada. Lo mismo en la silla, en el sofá y en la cama. Miro en las mesillas, abro todos los cajones, y nada. Me

siento en la cama desde el borde izquierdo. Esto es una tontería. Me dejo caer de espaldas. Estoy agotada. Tanta carrera y tanta huida que tengo los huesos molidos. Me tumbo boca abajo con la cabeza en el borde de la cama. La apoyo en las manos y vuelvo a mirar al armario. Miro hacia abajo y...

¡La alfombra! Cómo no habré caído antes en ella...

Una estrella de seis puntas decora el centro de la alfombra, con una "E" difuminada en el centro, como si estuviese en movimiento. Me acerco más y veo que en esa "E" hay más estrellas de seis puntas, como si fuesen pequeños puntos, pero al verlas de cerca, es obvio que son estrellas. Miro fijamente ese símbolo y esas pequeñas estrella... Me recuerdan a algo... Mi cadena choca contra mi barbilla... Pero... ¡Es la misma estrella que la de mi colgante! Y tiene una forma muy similar a mi mancha de nacimiento, la que tengo en el antebrazo derecho. Mi abuela siempre decía que era una estrella...

Tanta coincidencia... No puede ser coincidencia. Mi abuelo dijo que Margeritte también tenía la misma mancha. Ahí está, otro motivo por el cual me siguen esos monstruos, porque tiene que ser eso, ¿no? La mancha en forma de estrella, y ahora ésa misma en el símbolo... Por eso Kael lo dijo, porque seguramente vio mi cadena y me quiso dar una pista antes de irse sin contármelo todo. Para que viese que tenía razón y que debía creerle. Como si no lo hiciese ya de por sí...

Me levanto y cojo el móvil. Enciendo la cámara y le hago una foto a la alfombra, y luego me acerco más y se la hago al

símbolo, y por último a la estrella de su interior. Así miraré las fotos y podré pensar con mayor claridad.

Miro la hora, son las nueve menos cinco minutos. Con la tontería de buscar el símbolo me olvidé de mi madre. Ahora que tengo lo que buscaba será mejor que baje a esperarla en recepción...

¿Por qué estará esta alfombra aquí, en este hotel? Me quedo parada antes de coger mi chaqueta de encima de la cama.

A lo mejor no es solamente el símbolo lo que debía encontrar, en las pelis siempre hay algo detrás de los libros, o en las cajas o... debajo de las alfombras. Me tiro en el suelo y levanto la alfombra... Mi gozo en un pozo.

No hay nada.

Reviso los bordes de la madera. Una y otra vez, pasando la uña para ver si algún trozo se levanta, pero no consigo levantar ni una pieza. Me siento y suspiro. Tal vez al ser la realidad, por muy fantasiosa que parezca, no haya nada debajo de la alfombra. Estiro la mano para tomar la alfombra y volverla a colocar... Pero veo algo inusual. En el borde, antes de los flecos, hay como una abertura, como si se hubiese deshilachado el hilo... ¿Casualidad? Veamos...

Me acerco para ver mejor y separo la abertura con cuidado, con el asco que le tengo a los bichos no vaya a ser que me salga por aquí una araña o algo... Después de comprobar que no voy a convertirme en "spiderwoman" me atrevo a introducir la mano por el hueco, que es lo bastante grande para que quepa. Arrastro la

mano hacia un lado, y nada. La arrastro hacia el otro y... ¡Eureka!
Noto un papel. Lo cojo y lo saco.

Es una hoja doblada en muchas ocasiones y amarillenta a causa del polvo y del tiempo que debe llevar ahí metida. Entonces escucho una tos y unos pasos. ¡Mi madre! Me hago con la nota. Cojo mi chaqueta mientras coloco la alfombra con los pies y meto la carta en el bolsillo. No, mi madre podría encontrarla. Vuelvo a coger el papel y lo pongo entre la braga y el pantalón comprobando que no se caiga pero, por si acaso, aprieto un agujero más el cinturón antes de que escuche a mi madre decir mi nombre. Salgo de la habitación y me da un abrazo... Es lo que tiene fraternizar con la madre que te parió después de tantos años.

Bueno, una pista más. Si este papel es ese alguien que tiene que contármelo todo, qué poca cosa tiene que ser, porque no es muy grueso que digamos...

Vaya día he tenido, un intento de asesinato, del cual escapó por primera vez sin la ayuda de Kael, sana y salva. Después, una huida con muchas personas mirándome y creyendo que estoy loca y por último un poco de detective para variar. Me parece que esta noche voy a dormir bien. Si los sueños me dejan, claro.

Salimos del hotel después de darle las gracias a la recepcionista y nos dirigimos al coche aparcado en segunda fila y con otros vehículos esperando detrás. Empiezan a pitar y mi madre les grita que si a ellos les hubiesen intentado matar a sus hijos también se pasarían por el forro de los coj... lo que la gente pensase... Ay, estos momentos son para recordar.

Me siento y arrancamos. Mi madre empieza a hacerme preguntas y yo le cuento todo, bueno, el todo que debe de saber. Salimos del túnel subterráneo y veo el puente de Toledo. Entonces lo veo todo teñido de azul, de ese azul que tan enamorada me tiene.

Cierro los ojos y sonrío.

No sé qué va a pasar a continuación, así llevo más de dos semanas, pero pase lo que, hoy he demostrado que puedo afrontarlo. En cuanto llegue a casa, leeré el papel, aunque antes tenga que tomarme una tila para calmarme y veré el libro, ya es hora de que me atreva a abrirlo. Si pone algo de vital importancia y yo aquí sin saberlo... Ay, si es que no aprenderé nunca, jajaja.

Me acuerdo de su risa, de sus carcajadas. Y también de sus colmillos, pero ya no le tengo miedo, eso está más que superado.

Tal vez esta tarde haya dado un paso hacia mi camino, o tal vez haya entrado en él.

Aún sigo esperando a que venga ese alguien y si no viene, en este mismo instante juro que buscaré el significado de todo esto, encontraré la verdad, la historia de mi familia.

Y si puedo, igualmente encontraré a Kael.

Asimismo, esperaré.

Porque por esperar no me voy a morir, vale, hoy he estado a puntito otra vez, pero he salido airosa ¿no? Pues entonces, asunto resuelto. A partir de ahora a llevar siempre una daga encima y no solamente a correr por las mañanas, porque me parece que practicar boxeo y lucha libre no me vendría mal, qué va.... Jajaja

Agarro la estrella entre mis manos y la beso. La miro. Tal vez fuese otra pista más que me dio la vida o tal vez mi abuelo también estuviese dentro de esta historia, tal vez no haya estado nunca tan sola como he pensado....

Después de llegar a casa, ducharme, cenar y tomarme una tila me encierro en mi habitación con el propósito de ver el libro y el papel con total detención.

Llevo puesto el pijama negro, mi favorito. Camisa de manga corta a botones y pantalón largo de campana. Me tumbo boca abajo en mi cama. Las sábanas de hoy son rosa pálido. Me agacho y cojo una caja que tengo debajo de la cama. Es cuadrada y no muy grande. Dentro tengo otras fotografías (aparte de las de los marcos) y cartas.

Saco el libro y el papel.

¿Cuál primero?

El libro, voy a ir por orden de hallazgo.

Me fijo en su portada verde. En ella hay una etiqueta blanca pero amarillenta por el paso de los años en la que pone “Fire”, todo en mayúsculas. La letra es fina y curvada, digna de un artista. La toco con la palma de mi mano derecha mientras hago acopio de fuerzas. Suspiro y lo abro. Por dentro las hojas también son verdes y en la primera pone el nombre entero y más datos:

Kael Fire.

December, 22nd, 1934

London.

¿1934? No puede ser su fecha de nacimiento... Tal vez Londres sí sea su ciudad natal, pero no tiene...hum... 74 años. Por lo menos no los aparenta, jajaja.

Paso a la siguiente página. Hay un texto escrito y en la siguiente y así sucesivamente. Es como un diario, todo en inglés. Bueno, una asignatura que no se me da muy mal, pero aun así no sé si podré traducirlo todo yo. Pero tengo Internet.

Me levanto de la cama y despejo la silla del escritorio quitando la ropa que hay encima. Cojo el libro y lo pongo al lado del portátil mientras lo abro. Me siento y espero a que se cargue el ordenador. Puedo pasar mucho tiempo traduciendo, pero espero que merezca la pena.

Un diario de Kael... ¡seguro que merece la pena!

Escribo mi contraseña (sophiaynosoylareina92) e introduzco el WLAN no sé qué más en el puerto USB. Espero a que se cargue Internet y abro Firefox. Entro en Google y busco su traductor. Ahora empieza lo difícil.

Comienzo a pasar el texto del libro sin pensar en lo que escribo para que la sorpresa sea mayor. Paso la primera página y le doy a traducir. Me detengo un instante mirando la traducción y decido que prefiero guardar toda la traducción para leerla de golpe, así la sorpresa continuará siendo mayor, jajaja.

Abro Microsoft Word y pego la traducción. Y acto seguido empiezo a escribir la siguiente página. Por curiosidad... Vale, tiene ciento cuarenta y tres páginas. Sí que escribía poco para ser un

diario. Se supone que tienen que ser más largos. A no ser que no sea el único diario que tenga.

A todo esto, espera que sea un diario y no otra cosa.

Me dedico toda la noche a traducir el libro. A las tres y cuarto de la mañana copio y pego la última traducción. Estiro los brazos y la espalda sentada, guardo el documento en el que se encuentra la traducción y cojo el mp4. Quito el aparato de internet e introduzco el cable USB en el mp4 y en su puerto correspondiente del portátil. Copio el documento en la memoria del mp4 y ya entonces apago el ordenador.

Me voy a la cocina para beber agua y vuelvo a mi cuarto. Coloco la ropa que he quitado de la silla y que ahora se encuentra en la cama en el armario. La que es para lavar la dejo en el suelo al lado de la puerta. Cierro las ventanas de la terraza y bajo la persiana. Enseguida cesan de escucharse los pitidos de los coches, las sirenas de las ambulancias, las risas de los borrachos y otros ruidos.

Pongo el mp4 a cargar en el ladrón que tengo enchufado en el enchufe de detrás de la mesilla de al lado de la terraza. Enciendo la lamparita de la otra mesilla y apago la del escritorio.

Aparto la sábana superior creando un pequeño espacio en el cual aparece la inferior. Me siento en ese hueco y me peino con el cepillo que tengo siempre encima de la mesilla derecha. Después de peinarme vuelvo a dejar el cepillo en su sitio y miro el móvil. Activo la alarma del despertador para dentro de casi cuatro horas y lo dejo casi en el borde de la mesilla donde pueda cogerlo para

apagar esa misma alarma cuando suene. La canción que tengo puesta como despertador es una de Freddie Mercury, *Innuendo*, una de mis favoritas. La que más me gusta de Queen es la de *I want to break free*. Expresión de libertad pura y dura, y su videoclip es súper gracioso. Me encanta ese cantante, que pena que muriese antes de que yo naciese, y más aún por culpa del SIDA... Injusta vida. Unos mueren por una enfermedad que no ha buscado y otros vivimos una vida que hemos buscado pero que no imaginábamos que pudiese ser así. Vale, no puedo compararme con el grandioso Freddie, pero en mi mundo soy la persona más importante... detrás de Kael, jajaja.

Me tumbo en la cama y me tapo con la sábana.

Me pongo en posición fetal mirando hacia la ventana de la terraza. No soy capaz de dormir dándole la espalda, porque siento como si en cualquier momento alguien pudiese entrar a robar, a hacerme daño, o para matarme...

Al final no he mirado el papel...

Bostezo y los ojos se me llenan de lágrimas, siempre me pasa lo mismo.

Ya lo leeré mañana. Digo hoy... dentro de unas horas, cuando vuelva del instituto.

Ya verás con que ojeras y con qué cara de muerta voy a aparecer mañana en clase, ahí no creo que se rían de mí, sino más bien lo contrario, se van a asustar de mí. Nunca he comprendido porque se ríen de mí, si no me afecta. Bueno, un poco, pero no soy de las que se ponen a llorar por los pasillos porque me hayan dicho

fea ni nada por el estilo. Cuando me dicen algo suelo mirarles con el ceño fruncido y poner los ojos en blanco antes de ensimismarme con cualquier cosa o si es por algo que acabo de hacer o decir me pongo colorada como un tomate por la vergüenza y a sudar, pero ya está. Más risa me dan ellos a mí cuando se ponen a hablar de sus tonterías, como cuando se les rompe una uña, o se les ha caído un póster de su actor favorito encima de su escritorio, derramándose su colonia favorita por encima de la revista de la quincena...

Oh, sabía que pensar en esto me daría sueño...

Vamos a ver qué pesadillas tengo hoy. Termina aborreciéndome soñar siempre o bien lo mismo, o bien cosas muy similares...

¿Monstruos o vampiros?

¿Espadas o colmillos?

Airun Garly

Estrella

Eterna: Sophia